

CIERTA FORTUNA

Pablo Bohoslavsky

INDICE

| Cierta fortuna

| Buenos muchachos

| Cuerpo humano. Una máquina perfecta

| Don Alejo

| Empeños maternales

| Sanaciones Urinarias

| La dialéctica de la guerra

| Tratamientos especiales

| Ciencia e ideología

| Defensa Siciliana

| El buen guardián

| Un eco desagradable

| Sueños de libertad

| Doce o trece

| La confesión

| Reglas de urbanidad

| Terapias alternativas

| El reencuentro

Cierta fortuna

“Eh, usted”, dijo uno de los hombres, al que los presos no veían, porque estaban encapuchados. Y al decirlo pateó la pierna de Julio R. para que advirtiera que era el destinatario del mensaje “Ahora lo van a llevar al baño, se va a duchar y afeitarse; le van a dar ropa limpia y deberá estar atento porque será trasladado. ¿Entendió?”

Julio R. contrajo las mandíbulas mientras su garganta se cerraba involuntariamente, provocando la disfunción de los pliegues vocales. Apenas balbuceó: “Sí, señor”.

Julio R. presentía que le esperaba el destino de muchos desaparecidos de su pueblo: preparados para una aparición pública frente a los medios de comunicación, pero muertos.

El hombre invisible dirigió sus pasos en otra dirección. Ninguno de los secuestrados, que permanecían encadenados al piso o esposados en un camastro en una habitación grande deseó ser destinatario de esa invitación a la higiene que habían escuchado. Aún estando en el infierno, preferían seguir allí antes que emprender el camino de la muerte.

Algunos sintieron alivio cuando escucharon alejarse los pasos del hombre y otros advirtieron que sus corazones desbocados estallarían con la onda expansiva que provocaban sus zapatos sobre el piso de madera, toda vez que las distancias se reducían.

Así, el hombre invisible repitió el ritual: advirtiendo, pateando y ordenando a otros tres secuestrados. Rubén R, Agustín C y Víctor B completaron el cuarteto. Uno a uno, los cuatro fueron llevados a cumplir con el ritual preparatorio que saciaría, aún en proporciones infinitesimales, la sed de los dioses terrenales que pretendían, mediante estos sacrificios humanos, salvar a la humanidad.

Era de noche cuando los cuatro fueron subidos a una camioneta con cúpula. Atados a la espalda y vendados. Los lazarillos ayudaban a que no hubiera tropiezos o golpes. Los iban a matar pero no querían que se lastimaran. Ni siquiera un rasguño.

La camioneta anduvo una hora. Luego otra. Daba vueltas como buscando un lugar adecuado o para despistar a los cuatro. Finalmente detuvo su marcha y el conductor paró el motor. Los hombres invisibles guiaron a los hombres cegados.

Los cuatro notaron un piso de piedras pequeñas bajo sus pies y olieron el pasto recién cortado de la primavera avanzada en noviembre. Los pájaros, anticipando el día, ya trinaban. Unos gorriones en las ramas bajas, los benteveos en las más altas, las corbatitas en vuelo rasante e invisible y los horneros, trabajadores sin fatiga, formaban el coro aparente de despedida. Julio R conocía la geografía del lugar. Pensó: “Este es el Parque de Mayo”.

Los cuatro fueron parados de manera que el hombro de uno coincidiera con el de otro, hasta que el cuadrado quedó cerrado. Julio R, Rubén R, Agustín C y Víctor B creyeron que no tendrían otro amanecer. Se despidieron mentalmente unos, se arrepintieron otros, maldijeron todos. Ninguno pidió clemencia, ni siquiera cuando escucharon la orden de “Ahora se ponen de rodillas”. Los pájaros parecían trinar más fuerte; Víctor B recordó a

Chéjov, repetido por su pequeño hermano, Andy, “los mirlos rugen en Rusia” y concluyó: “estos gorriones ordinarios lo hacen acá”.

Uno de los hombres invisibles dijo: “Señores, ahora cuenten hasta cien. Luego se sacan las vendas, se desatan y se van a sus casas. Al que denuncie donde estuvo o vuelva a la política lo hacemos boleta”. Oyeron que se abrieron y cerraron las puertas de la camioneta, en un lapso como para que subiera una persona de cada lado; también a otros tres o cuatro que subían a la caja. Alguien encendió el motor y el vehículo emprendió la marcha.

Julio R, Rubén R, Agustín C y Víctor B quedaron, otra vez, paralizados. La primera vez había sido por el olor de la muerte cercana y ahora por este desenlace. ¿Desenlace o celada?

De pronto, oyeron el aullar de una sirena acercándose. Frenadas y otros hombres invisibles que corrieron hacia ellos. Órdenes, y una voz: “Ayuden a esos muchachos, parece que los iban a matar. Sáquenles las vendas y desátenlos. Que suban a nuestro vehículo”.

Era una F350 del Ejército Argentino. Cuando los cuatro recuperaron la vista, dolidos los ojos por la claridad de la mañana, notaron que los acompañaban jóvenes oficiales y suboficiales. Uno de los primeros aclaró: “Les salvamos la vida. Los iban a matar. Eran DE las tres A; no los podemos seguir porque tenemos un solo vehículo”. Los cuatro asintieron, moviendo apenas sus cabezas, pero sin decir palabra.

A continuación las preguntas de rigor y las respuestas cuidadosas:

“¿Dónde estuvieron?”.

“No lo sabemos”, dijeron, aunque sabían que habían estado en dependencias del Quinto Cuerpo en Bahía Blanca, apenas a mil metros de donde los habían dejado.

“¿Los torturaron?”.

“No”, fue la respuesta, pero los dolores del cuerpo y de la mente se sentían. Es más, los acompañarían durante años.

Finalmente llegaron a la Comandancia de esa dependencia militar. Cuando la F350 se detuvo, los cuatro, invitados a descender, se encontraron frente a una parada militar: un general, coroneles, y oficiales de menor graduación, ordenados por rango, los miraban con ojos escrutadores.

El general V. habló primero, dirigiéndose a los cuatro: “Señores, los hemos rescatado de un grupo que intentó matarlos. Deben agradecer a la patrulla de oficiales y suboficiales del ejército argentino que les salvó la vida. ¿Tienen documentos que los identifiquen?”.

“No, señor”, fue la respuesta de los cuatro y al unísono.

“Les adelanto que permanecerán en estas dependencias hasta que se aclare la situación personal de cada uno, si tienen algún antecedente relacionado con la subversión o SI han cometido delitos contra la propiedad o las personas. En caso afirmativo serán juzgados por un tribunal castrense”.

Los cuatro volvieron a asentir levemente con la cabeza.

Preguntó V: “¿Tienen familiares o amigos en Bahía Blanca?”.

Los cuatro contestaron, excitados y al unísono: “Sí, señor”.

“Entonces pueden hacer una llamada cada uno; avisen que están bien y que pueden venir a visitarlos. Eso sí, como les dije antes, sepan que pueden ser condenados si han andado en cosas raras. Buenos días”.

“Buenos días, muchas gracias”, coincidieron, sin proponérselo, los cuatro.

Y entonces, mientras hicieron un gran esfuerzo por recordar algún teléfono al que llamar sin comprometer al destinatario, Agustín C, reconfortado y con deseos de entusiasmar a los otros tres, dijo algo que sonó como un canto de vida, como un futuro próximo y deseable: “Muchachos, estamos de suerte. Vamos a la cárcel”.

Buenos muchachos

“Mucho tenemos que agradecerle, rector. El apoyo de su institución ha permitido que estos internos, que hoy reciben sus diplomas, puedan mañana reincorporarse a la sociedad en mejores condiciones, una vez que hayan cumplido su condena. No dude que son buenos muchachos”

“Es lo menos que podemos hacer por aquellos que pretenden un futuro distinto a este presente tan duro que les toca vivir. Además que los presos quieran realizar estudios superiores puede representar un auténtico ejemplo para otros establecimientos penales. Ojalá se pueda reproducir”

Corría el año 1995 y este diálogo entre Pedro V., rector de una institución de educación superior y Adalberto G, director de una unidad del Servicio Penitenciario Federal, ocurría en una ceremonia donde se premiaba el esfuerzo realizado por algunos presos que habían concluido sus carreras universitarias.

El salón donde se realizaba el evento estaba repleto de periodistas, que habían acudido a cubrir una nota original y esperanzadora respecto de todas aquellas que atendían usualmente desde las cárceles: intentos de fuga, hacinamiento y malos tratos, violación de derechos... Era el mismo salón donde los presos realizaban sus actividades físicas bajo techo: piso de baldosas, tribuna a un lateral, bandas de pinturas perimetrales denunciando los límites de las canchas de básquet y fútbol. Las jirafas con los aros y los hierros de los arcos descansaban en un costado.

Las autoridades políticas de la ciudad no habían faltado, como tampoco el obispo de la diócesis que acompañaba al capellán del penal. Pedro V. estaba acompañado de dos colaboradores y el director de la cárcel vestía su mejor uniforme entorchado, al igual que el alcalde y demás oficiales.

Mesas con manteles blancos, unos nuevos, otros añejos y amarillentos, sostenían platos con aperitivos desconocidos en el lugar. Los invitados podían servirse vinos rojos o blancos, gaseosas o agua en copas que resplandecían gracias a los desvelos de quienes las habían lavado una y otra vez para que lucieran mejor.

Los presos de mejor conducta eran los encargados del buffet: circulaban, solícitos y silenciosos entre los invitados y las autoridades, llenando las copas cada que vez se vaciaban y reemplazando los platos vacíos por otros que mostraban canapés y sándwiches. Por una vez, los tres graduados, que también eran presos, disfrutaban de los desvelos de sus pares recibiendo una atención impensada. Al fin y al cabo, con las mismas autoridades habían padecido toda clase de atropellos. “Será la nueva política” atinaban a decir, como respuesta y explicación.

Una reposada música funcional completaba el cuadro. Toda una fiesta. La circunstancia lo merecía.

Adalberto G. se mostraba exultante no hacía más que insistir en las bondades de la iniciativa académica que tocaba a su fin. Y también en el nuevo rol de su responsabilidad como director del penal. Tal vez las copas habían ayudado a desinhibirlo.

Se lo veía chispeante y con deseos de conversar con sus invitados.

“Si me permite, rector, quisiera tener unas palabras con usted”.

“Por supuesto, director”.

“Después de tantos años de luchar por las condiciones de los presos, esta es una gran victoria”.

“Me imagino, ¿lleva mucho años en el servicio penitenciario?”.

“Casi treinta. Entré en el '66. Trabajé desde la época que Onganía era presidente. Me tocaron gobiernos constitucionales y de los otros. Pero. Ojo, yo nunca cambié la manera de tratar a los presos”.

“Eso es muy bueno, mantener los principios a pesar de la adversidad”.

“No tenga dudas. Siempre me animó la recuperación de los condenados, porque yo he estado en establecimientos donde los detenidos tenían fallos firmes. Y para mí, no le voy a decir que eran como mis hijos, pero siempre pensé que eran todos recuperables para la sociedad y que merecían otra oportunidad”.

“Seguro. ¿Por eso los llama buenos muchachos?”.

“Ah, ¿se dio cuenta? Algunos se sorprenden cuando los califico de esa manera. Pero los veo así. Mire, tal vez parezca exagerado, pero lo he tomado como algo parecido a una tarea de redención. Casi un sacerdocio. Bueno, será por eso que no me he casado ni he tenido hijos. Ahora que estamos en democracia me siento mucho más cómodo con esta tarea que me he impuesto”.

Pedro V. estaba azorado. Pocos sabían que él mismo había estado en la cárcel de Rawson en aquellos años duros. No lo ocultaba, claro que no. Pero tampoco alardeaba de su paso por la prisión sureña. Al fin y al cabo, solía decir, fue de manera involuntaria. Y además había compartido su infortunio con otros miles, entre 1976 y 1983.

Pero lo que le llamaba la atención era la vocación mostrada por el director de la cárcel. Incluso cuando le escuchó expresiones como *tarea de redención, sacerdocio*. “Toda una definición, aunque algo exagerada”, pensó.

Además, Adalberto G. le resultaba vagamente conocido. Tal vez se hubiera encontrado con él en años anteriores. Consideró: “Yo estuve preso en Rawson, él ingresó a servicio en 1966..., a lo mejor nos cruzamos”. Eso lo empujó.

“Director, una curiosidad. Usted dice que comenzó unos treinta años atrás, ¿verdad?”.

“Así es, tengo una larga carrera. Pero ya pronto me jubilaré. Creo que merecidamente. Y ¿por qué me lo pregunta?”.

“Porque usted me resulta conocido. Tal vez nos hayamos visto en alguna oportunidad”.

“Es posible. Estuve en tantos. ¿Y cuál es su profesión?”.

“Profesor de historia”.

“Tal vez por ese lado”.

Los periodistas se acercaron interesados. A Adalberto G. le había tocado actuar en la última dictadura. Tal vez les podría contar algo de aquellos años. No dudaron en preguntarle, aprovechando la feliz circunstancia que los había convocado, que encontraba distendidos a todos los presentes.

“Director, soy del periódico La Semana Austral. Usted que es un hombre preocupado por los presos. ¿Por qué no nos cuenta de sus actividades en la época del proceso militar?”.

“Sí, estuve un tiempo en Villa Devoto, otro en Ezeiza y también en Rawson. Pero mi norte fue el que le decía al rector: intentar que los presos se recuperaran y que al salir pudieran integrarse y servir a la sociedad”.

“Discúlpeme, señor, pero en esos años maltrataban a los presos, no podían siquiera tener lecturas. E incluso a algunos los sacaron para matarlos en los traslados”.

“No se lo voy a negar. Pero les reitero mi conducta: sólo me guiaba la voluntad de resocializar a los presos y mis acciones fueron en esa dirección”.

Los periodistas se miraban entre ellos. Ninguno preguntó más. La razón de sus presencias en el acto parecía ir cambiando. Hubo unos minutos de silencio. A Adalberto G. le pareció que si no aclaraba un poco más su foja de servicios quedaría, enlodada, O al menos puesta en tela de juicio.

“Y les digo más, señores periodistas. Yo no era calvo como ahora, sino que tenía abundante pelo rojizo. ¿Y saben qué apelativo me habían puesto los presos, sobre todo los presos políticos, como muestra de afinidad y cercanía?”. No esperó respuesta. Ellos no la tenían. “Me llamaban, a mis espaldas, claro, el ruso G. o el colorado G.”.

Pedro V. al escucharlo pareció haber recibido una revelación. Abrió grandes los ojos y su memoria volvió varios años atrás y le trajo retazos del pasado. “Ahora lo ubico” se dijo.

“Director, ahora recuerdo donde nos hemos encontrado”.

“No me diga, ¿dónde me recuerda?”

“De Rawson, Director. Yo estuve allí entre los años '77 y '81.”

Los periodistas no sabían si estaban cerca de una primicia o de una mera conversación de circunstancias.

“No me diga, ¡qué casualidad!”

“Es verdad, una casualidad. Pasaron casi veinte años y si usted no hubiera mencionado el apelativo no lo hubiera reconocido”.

“¡Qué cosa! ¿Y usted daba clases de historia allí? Eso es muy meritorio”.

“No, yo era uno de sus buenos muchachos”.

Adalberto G. se mostró incómodo. Como el apelativo, su cara fue tomando un color rojizo.

“Me parece que en esa época yo era el Jefe de Administración”.

“Pero no, director. Tiene que acordarse. Usted era el Jefe de Seguridad Interna del Penal”.

Una risita forzada. “¡Qué buena memoria! ¿Y se acuerda de esos años? Debe preferir olvidarse, seguramente”.

“¿Sabe qué pasa? Es que no podría olvidarlo aunque quisiera. Ya lo ve, siempre tiene cerca alguno de sus buenos muchachos”.

“Director: no se ponga mal. Al fin y al cabo usted pudo recuperarme para la sociedad. Si no le molesta, ahora le voy a contar a los periodistas cómo lo logré”.

Cuerpo Humano. Una máquina perfecta

“Parece que me voy, nomás”, pensó Pedro B. al leer la notificación, de pie frente a la reja. En ella se le informaba que el día 15 de abril de 1981 cumpliría su condena y saldría en libertad del penal de Rawson. Faltaban apenas 24 horas.

Ya se lo había adelantado su esposa, pero igualmente le temblaron las piernas ante la ratificación formal. Estaba pálido y no podía moverse.

“¿Malas noticias, interno?”, preguntó, casi deseoso, el oficial de guardia.
“No, señor celador. Al contrario.”

Inspiró hondo, dio la espalda a los barrotes que en unas horas atravesaría, cerró los ojos por un momento y se dirigió a la primera mesa que se encontraba entre las dos alas del pabellón. Se dejó caer y ofreció, calladamente y a quien quisiera leerla, la cédula notificatoria de su próxima liberación.

Corrió un susurro de boca en boca. Como una suave brisa de otoño, rara en la Patagonia, preñada de envidia, alegría, voluntades de multiplicación: “Pedro B. se va”.

“Casi cinco años preso. Cuatro en Rawson. Y aquí estoy, entero. Bueno, casi entero”. Miró a su alrededor.

“Algunos están jodidos”, se dijo Pedro B. Y agregó, para fortalecer su punto de vista, “Juan Carlos, que confortaba a los desanimados y daba aliento a los descreídos de toda esperanza, se pasa preguntando delante de la reja del pabellón si ha llegado su familia para visita. Todos los días lo hace. Metódicamente: una vez a la mañana, otra a la tarde temprano y la tercera antes del cierre. Desde más de dos meses a esta parte no fue llamado al encuentro tan esperado”.

Siguió: “Honorio, otrora gran lector y conversador, ha enmudecido. Escribía las cartas de los analfabetos que habían ido a parar al penal de Rawson. Esos muchachitos, poco más que adolescentes, que habían sido arriados en las razzias del monte tucumano de 1975 y 1976. ¡¡Cómo leía Honorio!! Todo lo que llegaba a sus manos lo devoraba: diarios censurados, revistas recortadas y novelas autorizadas. Leía, comentaba y discutía sus lecturas y las ajenas. Reflexivo y analítico como pocos. Ahora se pasa horas sentado sobre su camastro, hamacándose en una mecedora que sólo él advierte y mirando la línea donde la pared se junta con el techo”

Pedro B. se paró y fue al encuentro de Juan Carlos. Lo tomó del brazo y con el mayor de los afectos le susurró al oído: “Amigo, tenés que darte cuenta. Ya te van a avisar cuando tu familia venga. No te des manija, todos queremos ver a los nuestros.

Juan Carlos H. lo miró sorprendido.

“Me acerco por las dudas. ¿Y si mi familia vino y estos tipos se olvidan de avisarme?”.

“No puede ocurrir eso, Juan Carlos. Les insistirían desde adelante”.

“Para vos es fácil. Ya me enteré que salís en libertad. ¿Qué te importa si te vienen a ver o no. Dejame tranquilo”. Juan Carlos H. se sacudió, incómodo el brazo de Pedro B. y, si bien no se acercó a la reja, miró insistentemente hacia ella. Esperando.

Los guardiacárceles, como tiburones oliendo sangre, habían detectado en Juan Carlos H. esa confusión entre el deseo y la realidad. A veces, cuando la guardia recorría el pabellón, caminando entre los presos, lo azuzaban: “Me pareció escuchar su apellido. Tal vez tenga visitas”.

Pedro B. quedó perplejo. No esperaba esa actitud cortante de su compañero. Ratificó: “está mal”.

Fue arrancado de la perplejidad por Carlos V. “Honorio te quiere felicitar”. Pedro B. se acercó hasta la celda de él. A punto de entrar, Honorio le hizo una señal. La de la enfermera en los hospitales, con el dedo índice de la mano derecha apenas sobre la comisura de los labios, llamando a silencio. Se sentó junto a él.

Honorio T. le habló con el lenguaje de las manos, que volaban como las de un mago: “No-hables-hay-micrófonos-por-toda-la-celda-estoy contento porque-te-vas-en libertad”.

Pedro B. le respondió de la misma forma: “Gracias-pero-por-qué-crees-que-los-presos-tenemos-micrófonos-en-las-celdas”.

“No-todos-solo-tenemos-los-que-podemos-dar-o-recibir-información-importante”.

A continuación levantó su mano, pidiendo con un gesto imperativo a Pedro B. que siguiera el curso del dedo que fue apuntando a distintos lugares de las paredes y el techo. Allí donde Honorio T. señalaba, Pedro B. sólo advertía rugosidades, ligerísimas fisuras, manchas de humedad o cagadas de moscas.

Honorio T. lo sacudió con su brazo izquierdo, mientras que su mano derecha interrogaba en un vuelo arrebatador: “Viste-las-instalaciones-que-te-marqué”. Pedro B. sólo atinó a responder, eligiendo cuidadosamente las palabras: “No-veo-bien-estoy-sin-los lentes-y-ya-esta-un-poco-oscura-se-hace-de-noche”.

Pedro B. se sentía arrasado: al mismo tiempo que deseaba abrazar a Honorio T., también quería irse de la celda. Se paró frente a la puerta un celador: “¿Qué hace interno en una celda que no es la suya?”.

“Discúlpeme, señor celador. Vine a despedirme porque me avisaron que mañana salgo en libertad”.

“Se va a despedir cuando corresponda. Retírese. ¿No ve que el interno T. no quiere hablar con nadie?”.

“Sí, señor celador. Hasta luego, Honorio”.

Se hizo la noche. Los presos cenaron y luego fueron encerrados en las celdas. Los candados sonaban al ajustar sus cuellos al cuerpo de hierro: “Trac trac, trac trac” Así se repetía tantas veces como celdas ocupadas. Uno, dos, tres, cuatro, ... treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis. El pabellón estaba completo. Todos los cerrojos puestos. Sin sorpresas.

Pedro B. tardó mucho en dormirse. Hubo gritos en medio de la noche. No eran inusuales, pero el enfermero había ingresado al pabellón, a requerimiento de un guardia. Se había abierto la puerta de una celda, por un largo rato.

Además Pedro B. estaba embargado por la emoción ante la inminencia de la libertad y el dolor de advertir como dos de sus compañeros de cárcel iban entrando en un túnel de paranoia.

Pedro B. notó, al día siguiente, que el pabellón era otro. No sólo porque saldría en libertad, a la que se había preparado acomodando sus pocas pertenencias y dejando las vituallas a sus compañeros. En el aire se respiraba que algo había pasado. La puerta de la celda de Honorio T., a diferencia de todas las demás, permaneció cerrada hasta media mañana. A eso de las diez el celador de turno la abrió, se paró bajo el marco, y llamó a Pedro B.

“Interno, ayer Honorio T. se hirió. Ahora está tranquilo, pero pidió verlo a usted. Tienen cinco minutos para hablar”.

“Gracias, señor celador”.

El guardia se corrió y entonces Pedro B., mientras entraba a la celda, pudo ver a Honorio T. con una venda en la cabeza y otra, más gruesa, en el estómago.

“¿Qué te paso?”.

Honorio T. se sentó en la cama y volvió a hacer, como el día anterior, el gesto imperativo de silencio con su dedo índice. Y su mano volvió a hablar: “Vos-tenías-razón-los-micrófonos-no-estaban-en-la-celda”.

Pedro B. respondió de la misma forma:”Entonces-por-qué-no-hablamos-y-que-te-pasó-por-que-estás-vendado”.

Aleteó la mano de Honorio T: “Por-que-ahora-tengo-los-micrófonos-en-el-cuerpo-ayer-me-los-quise-sacar-de-la-cabeza-y-el-estómago-por-eso-me-lastimé”.

Pedro B. abrazó, de manera instintiva, y muy fuertemente a Honorio T. Así permanecieron hasta que el guardia se asomó a la puerta.

“Interno. Pasaron los cinco minutos”

“Está bien, señor celador. Ya me retiro”

Pedro B. tomó con sus brazos los hombros de Honorio T. Sólo atinó a decirle: “Mucha fuerza”. Honorio T. volvió a hacer la seña de silencio y acompañó con una sonrisa la salida de Pedro B.

Antes del mediodía tronaron desde la reja: “Pedro B., prepárese para salir”. La hora había llegado. Se despidió, con abrazos estrechos, de cada uno de los presos que se acercaron. Cada uno dijo lo suyo. Pedro B. también, intentando confortar a quienes, irremediabilmente, iban a quedar atrás.

Cuando estaba llegando a la reja de entrada, dispuesto a atravesar el grueso portón, Juan Carlos H. se puso a su lado.

“Disculpame por lo de ayer. ¿Te puedo pedir un favor?”.

“Sí, hombre, por supuesto”.

“Si encontrás a mi familia afuera, que deben haber llegado, deciles que estoy preparado para ir al locutorio de visitas y muy contento de que hayan venido”.

“Seguro. Mucha fuerza”.

Don Alejo

Finalmente llegó. El guardiacárcel Isidoro G. caminó mucho por Rawson para entender lo que le había dicho el interno Juan Z. Esa primavera de octubre del año 1980 lo encontró calzando sus gruesos borceguíes y con la ropa de fajina invernal. Las compañeras de Isidoro G. fueron las primeras en reclamar el cambio de ropas. “Están fuera de temporada”, era el argumento esgrimido.

Anduvo un buen trecho por la Avenida Antártida Argentina, en dirección a la desembocadura del río Chubut. El sol de la tarde se hacía sentir, pero más fuerte era la decisión de entender esa expresión que Juan Z. le había dicho: “las aguas luchan”. Le causaba gracia, incluso se dibujaba una leve sonrisa en su rostro. “Como dos boxeadores”, pensó.

Todo había empezado un día que Isidoro G. pasó frente a la celda de Juan Z. Que permanecía sentado en su camastro y abstraído leía un libro apoyado en la mesa de material. La mano izquierda sostenía la cabeza, mientras el codo hacía de punto de apoyo en la mesa. El dedo índice de la mano derecha recorría los renglones, guiando la lectura. Estaba tan abstraído que se sorprendió grandemente con las palabras de Isidoro G.

“¿Qué lee, interno?”.

“Una novela, señor celador”.

“¿De qué se trata, si se puede saber?”.

“Acerca de cómo los hombres cambian según las circunstancias. Los que parecen buenos no lo son tanto, ni los malos tampoco. Todos, en algún momento, mostramos acciones que nos enorgullecen y en otro cometemos actos que nos avergüenzan”.

“¿Lo dice por mí, interno?”.

“No, señor celador. Lo digo en general, pero casi siempre es aplicable a todas las personas”.

Se hizo un silencio. Como Juan Z. no recibió más preguntas, pidió permiso y dio continuidad a su lectura. Isidoro G. siguió parado bajo el vano de la puerta, reflexionando.

“Por lo menos ahora pueden leer. No están tan mal como dos o tres años atrás. También yo estoy mejor. Ya no nos presionan para que castigemos a los internos y los dejemos sin comida, visitas o cigarrillos”. Siguió su ronda.

Caminaba alrededor del pabellón, mirando hacia el interior de las celdas, donde algunos internos leían libros, como Juan Z. O cartas. Como Juan Carlos R. Todos sabían que Juan Carlos R. leía siempre la misma carta, desde mucho tiempo atrás, tal vez un año no recibía correspondencia.

También se paraba detrás de las mesas donde unos internos comentaban noticias de la vida cotidiana, otros enseñaban historia, economía, matemática o simplemente se contaban los contenidos de las cartas recibidas. Se paraba por mera curiosidad. Escuchaba, no espiaba.

La época de *pescar* una conversación y transmitir su contenido a los superiores había quedado atrás. Eso no le gustaba, a diferencia de algunos de sus compañeros. A ellos sí porque recibían la felicitación de algún jefe o conseguían que alguno de los internos fuera sancionado. Mejor dicho, se corrigió, sufriera sanción.

Él no era de esos. No. No se desvivía por el reconocimiento de los superiores, ni tampoco era lo que había encontrado como definición en un diccionario, luego que se lo escuchara a alguno de los presos. No era un sádico.

Dio una vuelta más. Paró frente a la celda de Juan Z, que seguía abstraído en la lectura.

“¿Bueno el libro, interno? Usted parece entretenido”.

“Sí, muy interesante. ¿A usted le gusta leer?”.

“Sí, cuando puedo lo hago. Pero de a poco; no me da para leer muchas hojas seguidas. Sabe, de chico no me insistieron y me salí del colegio a los 15 años para ayudar a mi padre en el campo”. Con más confianza, agregó: “Mi familia es de Corrientes, somos seis hermanos y todos ayudamos de chicos”.

“Pero mire que nunca es tarde para leer libros. Aquí varios presos lo hicieron por primera vez”.

“Puede ser”. El diálogo ya se prolongaba más de lo aconsejable.

“Hasta luego, interno”.

“Hasta luego, señor celador”.

Isidoro G. volvió a dar una vuelta más y pasó frente a la celda de Juan Z.

“Señor celador. Un momento por favor”.

“¿Si?”.

“Me tomé el atrevimiento y le copié tres párrafos del libro. Si le gustan después se lo paso y lo lee”. Intentó pararse para darle el papel.

“Espere, interno”.

Isidoro G. miró hacia la reja del pabellón. Nadie miraba en su dirección. Estiró el brazo hacia el interior de la celda y entonces Juan Z. puso en su mano un pequeño pedazo de papel. Isidoro G. no quiso preguntar el origen del papel y del lápiz que en él había dejado su sendero de letras enhebradas. Uno y otro estaban prohibidos y sólo se entregaban los días que se escribía correspondencia.

Isidoro G. hizo un bollito con el papel y lo guardó en su bolsillo. Antes de reemprender la vigilia lo escuchó a Juan Z. decirle: “Le recomiendo que lo lea en la desembocadura del río Chubut. Verá las aguas luchar. Y hágalo de día, con buena luz”.

Isidoro G. había caminado casi dos horas. Eran las cuatro de la tarde y ya estaba en un pequeño promontorio sobre la desembocadura del río Chubut. Se sentó sobre una piedra, aflojó los cordones de los gruesos borceguíes, el cuello de la chaqueta y se secó la transpiración de la frente.

Luego sacó el papel arrugado del bolsillo. Miró a derecha e izquierda. Estaba solo. Leyó: “Las aguas se encontraron. La dulce pugnaba por salir, mientras la salada lo impedía. La salada, con su oleaje, pretendía ingresar y la dulce, mansamente, la frenaba”.

Era cierto. Lo tenía a su vista. “¿Cómo no me di cuenta? El agua dulce es la del río y la salada es la del mar. Y luchan no más. La dulce es mansa, pero no se entrega. Y la salada no se cansa de insistir. Vuelve con cada oleada”. Hasta se diferenciaban por el color y las formas en que cada una pretendía invadir a la otra: la salada gris y como un ariete, la dulce parecía un globo que pretendía crecer en el mar.

Isidoro G. nunca había reparado en algo así. Ni siquiera recordaba haberlo tenido delante de sus ojos. Hombre criado en el campo, entre animales, cuchillos y lazos. Al mar lo había conocido durante la instrucción cuando lo llevaron a un curso en Tres Arroyos. De ahí a una playa cercana. No recordaba el nombre. Ahora, en el verano, a veces iba a Playa Unión, aunque mucho no le gustaba. Al río Chubut no le había prestado atención, menos a su encuentro con el mar, como lo había invitado Juan Z.

Siguió leyendo. “En menos de diez años, creyendo maniobrar mi destino, fui llevado por los demás, por *esos* que siempre nos hacen y nos deshacen”. Detuvo la lectura. Recordó sus últimos diez años, que casi coincidían con su ingreso como agente penitenciario. “Yo pensé que iba a ser otra cosa. Un trabajo como cualquier otro. Pero me obligaron a castigar gente. *Esos* que nunca dieron la cara”.

Posó sus ojos sobre los últimos renglones que aun no había leído: “A los muertos había que añadir a esos cadáveres vivientes que eran los hombres de vida rota, de vocación frustrada, que por siempre arrastrarían una vida lamentable, cuando no hubiesen tenido la energía suficiente para suicidarse. Alejo C”.

Él también lo había visto. Algunos de sus compañeros de tareas eran hombres sin deseos de luchar. Había escuchado a unos hablar de la infelicidad, de enfermedades causadas por el dolor provocado a los presos, de familias deshechas y de hijos avergonzados que escondían el trabajo de sus padres.

Entre los presos también ocurría. En sus caminatas cotidianas también había advertido que algunos se habían abandonado; comían escasamente, no tenían iniciativa alguna, pocas veces hablaban y menos recibían visitas de familiares.

“Uy, son casi las seis de la tarde. Se me fueron dos horas acá”.

Ató sus zapatones, ajustó la chaqueta y desanduvo el camino. Él vivía en una de las casas vecinas a la cárcel de Rawson, junto a otros celadores. Todos solteros.

Pasó el franco y volvió al trabajo. Como por razones de seguridad no siempre iban los guardiacárceles a los mismos pabellones, debió esperar una semana para retornar al pabellón de Juan Z.

Cuando le tocó el turno advirtió que su corazón latía más rápido. Iba a hablar con Juan Z., quien le había prometido prestarle el libro.

Entró al pabellón y, aunque era su deseo, no fue directamente a la celda de él. Dio la vuelta por el pabellón por el lado inverso a donde se alojaba Juan Z. Eso le permitió verlo de lejos. Estaba leyendo. Llegó hasta la pared del fondo, se detuvo como rutinariamente lo hacían todos los guardiacárceles, en la mitad, miró hacia la reja delantera y siguió la marcha.

Se paró frente a la puerta de la celda.

“Buenos días, interno.”

“Buenos días, señor celador. ¿Pudo leer lo que le di?”.

“Sí, ese hombre es un buen pialador de palabras”.

“Ya lo creo.”

“Usted dijo que me podía prestar el libro. ¿Puede?”.

“Ocurrió un problema. Vino una requisita y como encontraron que el autor era cubano me lo sacaron.”.

“¿Me dice el título? Por ahí lo consigo”.

“Claro. El libro se llama “El Siglo de las Luces”.

“En el último renglón decía Alejo C. ¿Qué significa?”.

“Ah, es el autor. Alejo, Alejo Carpentier”.

“Gracias, interno”.

“De nada, señor celador”

Empeños maternales

“Señora, su hijo está sancionado. No lo podrá visitar” dijo el oficial encargado de recibir a los familiares, que cada 45 días intentaban ver a los detenidos en la cárcel de Rawson.

“Pero vengo desde muy lejos, señor. Recorrí más de 1000 kilómetros. Nadie me avisó que no podría ver a Pedro”.

“Es que cometió una falta ayer, según me informaron desde la Dirección, y así son las reglas: si un interno está sancionado los encuentros con los familiares se suspenden”.

Sofía inspiró hondamente y suspiró de la misma forma.

“Ay, Dios mío”. Y se sentó frente al oficial penitenciario. Le habían contado de otros casos, pero era la primera vez que le tocaba a ella. Lo que sabía era que cuando los presos estaban por cumplir 45 días de la última visita recibida, algunos guardiacárceles provocaban una situación enojosa para, inmediatamente después, proceder a la sanción. Por pequeña que fuera la falta, y de manera automática, se interrumpía el contacto con los familiares.

En tales casos no se podía enviar o recibir correspondencia y la visita se suspendía durante un período que dependía de la gravedad de la falta. En el caso de Pedro B. por una semana, exactamente el tiempo de que disponía Sofía.

Pedro B lo supo cuando el celador se paró frente a la puerta de su celda. Mejor dicho lo intuyó. Pero cayó en la trampa tendida como un primerizo y eso le daba más bronca, agravaba la impotencia.

Sabía que su madre ya estaba en viaje y que al día siguiente llegaría para verlo. Desde tiempo atrás que cuidaba su comportamiento, no entraba en provocaciones, no respondía de mala manera. Pero todo fue inútil.

“¿Qué hace interno?”.

“Estoy leyendo, señor celador”. Se puso de pie, dejó el libro sobre la mesada de granito, colocó sus manos a la espalda y quedó parado frente al guardiacárcel.

“Mire cómo está su cama, ¿No se dio cuenta que está desarreglada?”.

“Es que estaba sentado sobre ella cuando usted llegó. No tengo otro lugar para hacerlo. No tenemos sillas, señor celador”.

“No se haga el vivo conmigo. Y no me mire así. Lo voy a sancionar”.

Pedro B. no podía creerlo. Estaba enfurecido. Advertía que iba camino al destino indeseado.

“No me puede hacer eso. Estoy esperando visita”.

“Lo hubiera pensado antes. Usted no me puede faltar el respeto”. El celador cerró violentamente la puerta de la celda de Pedro B., puso el candado y se dirigió, a paso firme, hasta la puerta del pabellón.

Desde allí, y a través de las rejas, avisó a la guardia externa y en voz alta, como para que los internos que estaban en el salón escucharan, “El interno Pedro B., del pabellón 3 y celda 18, está sancionado por mantener su lugar desarreglado y responder de mala manera

al celador de guardia. Pido 7 días de reclusión en la celda. Informar al Jefe de Guardia y a la Dirección”.

Pedro B. también escuchó. “Pobre vieja, esto la va a hacer mierda”, pensó.

Pero Sofía no era de las que se daban por vencidas. En realidad ninguna de las madres que llegaban hasta Rawson se daba por derrotada con el primer golpe.

“¿Hasta cuando estará sancionado mi hijo?”, dijo.

“Por siete días a partir de ayer. Son dos faltas leves las que provocaron la reclusión en la celda”.

Ella no podía quedarse una semana más. Un pequeño hijo, Vladimir, a cuidado de una vecina, la esperaba. También la atención de su comercio de venta de ropa a domicilio, que si bien no la obligaba a cumplir horario, le había enseñado que si no le ponía suficiente esfuerzo no sacaban para comer. Además ni soñar con gastar una semana adicional de alojamiento y comida en Rawson.

“¿Entonces no hay posibilidad de ver a mi hijo?”.

“No señora. Así son las normas y están para ser cumplidas”.

“¿Siempre?”, interrogó Sofía, buscando una hendidura reglamentaria.

“Siempre, y sin excepción”, contestó imperturbable y casi satisfecho el oficial. Agregó: “Por favor, si se retira le voy a agradecer. Me comprometo y además hay varios familiares que están esperando para ser atendidos”.

“¿Y quién da las excepciones al régimen de visitas? Porque a veces las han dado”, aventuró Sofía con un disparo de destino incierto.

“Sí, pero solo el jefe semanal de visitas puede hacerlo, señora”.

“Bueno, entonces no me voy de acá hasta que ese jefe me reciba. Supongo no me van a tirar de la silla ni tomarse el atrevimiento de levantarme. Soy una mujer mayor, por si no se dio cuenta”.

El oficial fue en busca del jefe de visitas y le explicó brevemente la situación. “La señora vino a ver a su hijo, Pedro B., pero como está sancionado no tiene autorización para gozar del privilegio. Le expliqué a ella pero está sentada impidiendo que siga con el proceso de recepción de familiares y dice que no se va a mover hasta que usted la reciba y escuche”.

“Otra vieja de mierda” pensó el jefe de visitas. “Bueno, vamos” dijo y se dirigió al salón donde los familiares se identificaban, entregaban sus documentos y esperaban a ser llamados para pasar al locutorio. Ya la cola era de unos cinco metros tras Sofía, que esperaba sentada en la silla, frente al escritorio del oficial responsable.

Habían pasado unos quince minutos y a los visitantes que esperaban se los advertía incómodos y molestos. El jefe de visitas pensó: “Lo único que falta. Que los familiares me hagan quilombo acá y luego salga en los diarios

Ocupó el lugar del oficial y se presentó ante Sofía. “Buenos días, señora. Soy el oficial responsable frente a los familiares de los internos que vienen a verlos ¿Puede acompañarme por favor?”. Quería sacarla del lugar para que los trámites de contacto siguieran y decirle privadamente a la señora lo que otros no debían escuchar.

Sofía se levantó con cierta dificultad. Mayor aun que la impuesta por la edad. El oficial caminó junto a ella, abrió una puerta, la invitó a pasar y luego a que se sentara.

“Lo siento mucho, señora, pero el reglamento para los delincuentes subversivos señala que no podrán tener visitas durante los períodos de sanción. Y su hijo está sancionado”.

“Por empezar mi hijo no es un delincuente, mucho menos un subversivo. Pero eso lo dejaré pasar. Yo sé que a veces provocan una situación para que los presos cometan faltas o directamente las inventan. De esa manera, como en este caso, impiden que los familiares puedan verlos. Además yo no me puedo quedar una semana más. Vendo ropa y con eso mantengo la familia. Tengo un hijo pequeño que me necesita”.

“Mire, señora. Lo lamento mucho, pero no es de mi incumbencia cómo se las arregla usted para vivir. Además, lo que usted dice de provocar la falta de los detenidos no me consta y si un interno comete una falta es sancionado. No hay otra forma de mantener el orden”.

“¿Usted tiene madre, señor?”.

“Sí, señora. ¿Por qué me lo pregunta?”.

“¿Se imagina cómo se sentiría ella si quisiera verlo a usted y se lo impidieran?”.

El jefe de visitas recordó cuántas veces fue a visitarlo su madre, mientras estudiaba en la academia del servicio penitenciario, y se volvía sin verlo porque él había sido sancionado. “Así se hará hombre”, le decían. Alguna vez divisó, desde la ventana de su cuarto, a su madre marcharse con la cabeza baja, luego de serle negada su vista. Y lloró cada vez. Amargamente. Ahora, en cambio, sonreía frente a esta mujer tenaz que lo apremiaba como el aguijón de un tábano.

“Pero antes yo debería estar preso y no es el caso. A diferencia de su hijo”.

Sofía insistió: “Pero puede ocurrir. Nadie está exento. Ni mi hijo o yo imaginamos que debería venir a visitarlo a una cárcel. Y ahora lo tengo que hacer. Además ni siquiera está enjuiciado”.

Agregó: “Hasta le puede pasar a usted con un hijo suyo. ¿Tiene hijos grandes, oficial?”.

Él se sintió caminando en tierras cenagosas. “Una mujer de 21 y un varón de 19”.

“Bueno, y si alguno de los dos fuera detenido, con o sin razón, ¿No querría llevarles afecto?”.

“Eso seguro. Pero acá yo no puedo. Si le permito a usted después los familiares que tengan presos sancionados me pedirán que les haga una excepción como la que usted pretende”.

Sofía apoyó las manos en el borde del escritorio y movió su cuerpo hacia delante. “Mire, yo no voy a poner un aviso. Ni siquiera se lo diré a mi hijo. Además no piense que se lo voy a agradecer. Más bien piense en su madre y en sus hijos. Una desgracia nos puede golpear en cualquier momento”. Luego calló y sostuvo, fijamente, con su mirada, la del jefe de visitas.

Pasaron treinta segundos, no más, en silencio. El jefe de visitas apoyó el codo de su brazo derecho sobre la mesa del escritorio y el mentón en la mano abierta. “Esta mujer algo de razón tiene, aunque su hijo sea un terrorista. Y la vida tiene tantas vueltas”, pensó.

Recordó al oficial Benítez, cuyo hijo estaba detenido por un delito que el padre juraba a quien quisiera escucharlo, y a quien no quisiera también, que no tenía nada que ver y que le habían armado una causa judicial para joderlo. Benítez viajaba cada dos meses a Sierra

Chica para ver a su pibe condenado a cadena perpetua por la muerte de un policía. Sólo se le ocurrió: “La gran puta”.

“Está bien señora. Acompañeme. Va a ver a su hijo. Pero ni una palabra. ¿Me entendió?”
“Sí”.

Caminaron juntos hasta la oficina donde se la habían presentado. Puso su mano sobre el hombro de quien atendía a las visitas.

“Oficial, la señora está autorizada por mí para ver a su hijo. Hágala pasar. Hace rato que espera. Después yo firmo el memo”.

“Sí, sí señor. Por acá, señora, acompañeme”. Al ponerse de pie dio el aviso por teléfono interno: “Que Pedro B., del pabellón 3 y celda 18, se prepare para visita”.

Se escuchó tronar, casi mascar bronca, a la guardia frente a la puerta del pabellón 3: “Interno Pedro B. prepárese para visita de familiar”. Pedro B. lo escuchó, pero pensó QUE se habían equivocado con el llamado. Recordó que incluso a veces los nominaban a unos por otros. “Para jodernos más”.

El celador abrió la puerta. “Vamos, muévase, no haga esperar”.

Pedro recorrió varios pasillos, con las manos atrás, mientras las puertas se abrían a su paso y cerraban tras él. Lo llevaban a paso vivo, tomándolo de un brazo, casi trotando. Él hubiera preferido ir corriendo.

Finalmente lo ubicaron en el salón de las visitas, el locutorio. Su madre, como todas las madres, padres, parejas, hijos, hermanos, tíos y primos estaba sentada del otro lado de un vidrio grueso que impedía el contacto físico. Una bocina permitía la comunicación, que era escuchada por los guardias parados detrás de unos y otros.

Sentaron a Pedro B. frente a su madre, que lo esperaba ansiosa, con el rostro pegado al vidrio y los brazos cruzados.

“¡Mamá, qué buena sorpresa! Pensé que no iba a poder verte porque justo me sancionaron ayer.”

“Ni me hables. Con el dolor que tengo por tu detención hubiera debido agregarle uno más por no verte. Así que insistí un poco”.

“¿Así de sencillo?”.

“Bueno, basta de preguntas. Mejor contame como estás”.

Sanaciones urinarias

“La meada es muy buena para los sabañones. Hay que frotarse las manos con ella, impregnarlas bien y pasarlas por los pies. Santo remedio: se va la picazón, se deshinchon los dedos, el empeine y no vuelve más”, dijo Bernardino J.

Los demás presos lo miraron. Unos escépticos y otros crédulos. Los fríos de Rawson, en una cárcel sin calefacción, hacían estragos en la salud de la mayoría de ellos.

La charla en el pabellón seis, en torno de una de las mesas centrales, transcurría con comentarios acerca de las pócimas recomendables, entre aquellas que se encontraban a mano, y las señales del mundo exterior al lugar donde se encontraban alojados, que producían las conclusiones más inverosímiles.

Ciertos olores que atravesaban las rejas, combinados con un dudoso ejercicio estadístico, configuraban el próximo menú: “Acá se huele a carne al horno. Además hace tiempo que no comemos. Por si fuera poco es domingo. Me parece que hoy ligamos”, argumentaba Pedro V.

“¿Lo de la meada funciona o es una cargada?”, consultó Alberto T. Era nuevo en la cárcel, desconocía los códigos que compartían sus compañeros y no quería pasar por ridículo intentando, tal como proponía Bernardo J., calmar sus sabañones pédicos con la receta del orín.

“Acá lo hacemos todos, en cuanto llega el invierno. Y no falla. Así que, pibe, no tengas miedo ni vergüenza” le aclaró, alentándolo, Mario C. Era un estudiante avanzado de medicina, militante peronista que había sido secuestrado junto con su hermano. Unía a una permanente disposición a confortar a los más débiles o golpeados, una fina ironía que, para quien lo conocía, ayudaba a levantar el ánimo. Sus conocimientos médicos habían orientado en más de una emergencia y sus diagnósticos solían ser ratificados por los médicos del penal.

“Contra lo que comúnmente creemos, la orina no es un deshecho, no viene por los intestinos, sino por un filtro de la sangre de constitución semejante al suero sanguíneo o al líquido amniótico”. Y siguió, Mario C.: “Incluso, en situaciones extremas, hasta puede tomarse. Bebiendo poco sobrevivimos, excepto tras la tortura. Algunos lo han hecho para morir, en cuanto tuvieron la oportunidad”.

Varios miraban a Mario C., asombrados. Derramaba un manual de bondades sobre la meada humana, con las ventajas y los perjuicios que podía ocasionar su uso o consumo.

El domingo era un buen día para estos encuentros. No había visitas, no llegaban ni podían escribirse cartas. Tampoco se padecían requisas o traslados sorpresivos. El personal penitenciario también lo tenía por día de descanso. O tregua, mejor dicho.

Además, esa tarde de domingo y sin fútbol, resultaba interminable.

Todos se quedaron pensativos. Y Mario C. los provocó: “Ustedes habrán escuchado la expresión *meado por los perros*, como señal de mala suerte. Pues bien, cuando te orina un humano es exactamente al revés”.

“Andá, mentiroso”, lo desafió Víctor J. “¿De dónde lo sacaste?”.

“De una experiencia personal. No alcanza para formular una ley, pero se repite”.

“¿Y cómo fue?”.

“Si no me interrumpen les cuento”, desafió Mario C. y paseó su mirada por los ojos de sus compañeros. Todos se habían acodado en la mesa, interesados por el caso. El misterio se había creado.

“Dale nomás. Nadie te va a interrumpir. Pero no nos macanees, que sos de exagerar”.

“Yo estaba secuestrado. Ya saben que militaba en la Unidad Básica de Berisso. Nos levantaron a todos en un día de reunión y de ahí al chupadero. Nos tenían como animales. Bah, peor que animales. Vendados y atados a un palo. Golpeados, picaneados, amenazados todo el tiempo. Perdí la noción del tiempo, pero fue más de una quincena”.

“¿Y te measte encima?”, interrogó Lucio M.

“Uf, eso varias veces, además de cagarme, pero tratábamos de evitarlo. Para eso pedíamos, insistíamos y hasta rogábamos para que nos lleven aunque sea a un patio. A veces, las menos, nos concedían ese favor”.

“¿Y mearte encima te ayudó?”, insistió Lucio M.

“No seas apurado, Lucio. No me ayudó en ese sentido. Pero una noche pasó algo inimaginable”.

“Dale, Mario, hacela cortita, ¿Qué pasó?”.

“Uno de los secuestrados pidió ir a orinar y los que nos tenían a su cargo dijeron desde una punta de la pieza donde estábamos: aguántese que lo llevamos. Y así fue. Se acercaron a él, le dijeron levántese y cuando lo hizo, lo llevaron caminando por un pasillo que había entre nosotros. Bah, no lo llevaron sino que como lazarillos mal nacidos lo empujaban hacia donde estaban algunos detenidos. Entre ellos yo”.

“¿Cómo te diste cuenta, si vos estabas vendado?”, preguntó Víctor J., quien seguía con una posición de duda. Al menos era quien la hacía explícita.

“Lo que pasa es que el oído se agudiza para compensar la ausencia de visión. Y yo los escuchaba venir. Párese, le dijeron y después la orden: puede mear acá. Y yo lo sentía muy cerca. Pensé, éste ni sabe donde va a orinar; se debe creer que lo llevaron al patio. Insistieron: déle, orine, no lo vamos a esperar todo el día”. Otra pausa.

“¿Meó en un rincón?”.

“No, esperá. Yo sentí que se bajaba la bragueta al lado mío y pensé: estos hijos de puta lo trajeron para que me orine encima. E instintivamente me di vuelta y traté de esconder la cabeza como un boxeador a la defensiva: con el mentón contra el pecho y los brazos levantados en palanca cubriendo las orejas”.

Mario C. posó sus ojos celestes sobre el auditorio. Estaban todos subyugados.

“Vamos, terminá. A ver si se viene la cena y nos dejás sin el final”.

“Ya, ya. El tipo, que nunca supe quién era, empezó a mear arriba mío. Me mojó: yo sentí el orín sobre mi espalda y cabeza, junto con el olor inconfundible. Ese que en los exámenes de los bioquímicos ponen *sui generis*. Y me puse a putearlo. Pobre tipo, fui injusto. El ni sabía donde estaba. Además, enseguida me di cuenta de que por eso me podrían dar otra paliza”.

“¿Y qué pasó?”.

“Escuché una voz lejana que dijo: Mario, no te quejés que la meada humana trae suerte. Me callé y me reí. Esa voz la reconocí: era la de mi hermano, Juan Carlos. Esa es la historia”.

Mario C. los volvió a esperar. Era un final abrupto y algo faltaba. Pero él quería obligar a sus circunstanciales oyentes a que se lo pidieran.

“¿Y eso que tiene que ver con la buena suerte?”.

“Bueno, estoy acá. No me mataron y no soy un desaparecido”.

“Y los demás, ¿Qué sabés de los que estaban con vos?”.

“Ellos no fueron meados. Hasta ahora no se los pudo encontrar”.

“¿Y tu hermano Juan Carlos?”.

“No volví a escuchar su voz. Mis viejos lo siguen buscando. Vieron, hay que ser meado por un humano para tener suerte”.

Nadie habló. Mario C. pensó: “Ojalá, esa noche, hubiera sido mi hermano el meado”.

La dialéctica de la guerra

Había pasado el horario de la cena y luego de comer cada uno en su celda y lavar platos y cubiertos, los presos se encontraron en la mesa central del pabellón. Estaban sentados unos quince y otros tantos parados. Se habían puesto de acuerdo respecto de las intervenciones, de forma tal que se pudiera mantener un cierto orden: un encargado anotaba la lista de oradores y debía darles la palabra según el orden en que se hubiera solicitado. Pero el acuerdo no se respetaba. En verdad no podía respetarse.

Las autoridades de la cárcel no habían permitido reuniones en los pabellones, al menos desde el golpe del 24 de marzo de 1976. Las condiciones de vida se habían agravado, la comida reducido, al igual que las visitas de familiares, mientras que el régimen de requisas y los castigos corporales se incrementaron.

Pero en esos días, de fines de diciembre de 1978, todo parecía cambiado. Los guardiacárceles se mostraban atentos, en el menú de la comida se rehabilitó el cordero asado, algo nuevo se respiraba en el aire. Los prolegómonos de una eventual guerra con Chile habían cambiado la vida de infierno por otra de incertidumbre.

Los presos tenían buena información. No sólo a través de sus familiares, sino incluso por los comentarios de los guardiacárceles o los recortes, salvados de la censura, de los diarios lugareños que pretendían insuflar en la población tranquilidad y deseos de invasión al mismo tiempo.

Además de intercambiar informaciones, algunas fruto de deseos, los presos discutían sobre lo que iba a ocurrir con el enfrentamiento inminente con las tropas chilenas. Sobre todo en el sur, que todos descontaban sería un frente de batalla seguro.

Habían escuchado sirenas en la ciudad, desde varias noches atrás. Cuando preguntaron a los guardias LES respondieron sin eufemismos: “Oscurecimiento y simulacros de ataques nocturnos”.

“Por lo que yo sé hubo apagones no sólo en Rawson y Trelew. También en Neuquén, Mendoza y San Juan. Hasta en Buenos Aires me dijeron. Además mi tío, que es aviador civil, le comentó a mis viejos que están trayendo a la Patagonia soldados, en vuelos comerciales”, señaló enfático Juan Carlos H.

Ricardo V., a quien muchos consideraban con recelo por tener un hermano como oficial en la Marina de Guerra, dijo con tono de catedrático, impostando la voz y aprovechando su circunstancial superioridad informativa: “Muchachos, ya está todo arreglado. El plan se llama “Soberanía”, la Flota de Mar ocupará algunas islas cercanas a los Estrechos de Magallanes y Beagle. Luego los aviones van a bombardear Punta Arenas y Puerto Williams. Si con eso no fuera suficiente me dijeron que van a invadir con el Ejército por el paso Puyehue, en Neuquén. No por Mendoza, pero sí por el Norte. Incluso, Videla espera la adhesión de Perú, por su derrota ante Chile en la guerra del Pacífico”.

Y calló, de manera especulativa, dando lugar a preguntas y solicitud de aclaraciones.

“Y ya que sabés tanto. ¿Qué va a hacer Pinochet?”, consultó Víctor B. Ricardo V. estaba en su juego: “Bueno, no olviden de la importancia que le da Chile a su Patagonia. El gobierno tiene una fuerza de 15.000 hombres que está dispuesto a lanzar sobre las ciudades más importantes del sur argentino, empezando por las capitales y ciudades más grandes: Ushuaia, Río Gallegos, Comodoro Rivadavia, Rawson y Neuquén. Viedma, no”

“Mierda, Rawson. Somos nosotros”, alertó Demetrio L., agregando lo que todos sabían y temían: “Capaz que hasta tiran bombas sobre la cárcel. Al fin y al cabo Pinochet sabe que aquí no tiene adherentes”.

Ese comentario provocó risas, un poco por la salida de Demetrio, pero también porque era la manera de soltar tanta presión. Sobrevolaba un pensamiento generalizado acerca de lo que iba a ocurrir con los presos en caso de ataque. Se sabían odiados a muerte por la dictadura argentina y se sentían presas atractivas para Pinochet en caso de que invadiera Argentina y llegara hasta el mar.

Sonó una sirena, cerca. Señal de oscurecimiento. Eran casi las ocho de la noche. Luego se escuchó la chicharra del pabellón. “Internos, a sus celdas”. Los presos entraron. Ni rápido ni con esa lentitud que a veces exasperaba a los guardias. Entraron reflexionando sobre su futuro inmediato, la proximidad y tal vez la inminencia de la guerra.

Pocos durmieron esa noche. Y menos aún en las noches siguientes. Así se fueron acercando al final del año. Las noticias de la escalada militar habían ido en aumento: la flota de guerra argentina se había dirigido al Atlántico sur, confirmando aquella versión de Ricardo V. El diario de Trelew, que para esos días ingresaba sin censura, titulaba con un mensaje de la Comandancia en Jefe chilena: “Prepárense para iniciar acciones de guerra de manera inminente. Agresión en cualquier momento. Buena suerte”.

Las reuniones de los presos se sucedían, cada vez más desordenadas. La tensión iba en aumento respecto de qué ocurriría con ellos. Ya habían advertido que así como no podían incidir en el curso de los acontecimientos externos, debían prepararse en caso de que la escalada bélica los alcanzara.

En ese punto las opiniones estaban divididas. Abismalmente divididas. Los había quienes tenían expectativas favorables en caso de enfrentamiento armado. Así, creían que alcanzarían la libertad o reducciones generalizadas de condenas. Al menos mejores condiciones en la vida cotidiana, que de alguna manera se manifestaban ya en esos días.

Carlos Z. era el abanderado de tales puntos de vista. En verdad Carlos Z. era un optimista por naturaleza: siempre le encontraba el lado bueno a lo malo. Era algo así como un espíritu de fiel religioso, que toma las circunstancias desfavorables como una prueba a sus fuerzas, pero puesto en un laico. Así, cuando redujeron el número de días de visita por familiar le encontró explicación: “tal vez sea para que sufran menos al vernos”; o cuando retaceaban ese trozo de carne vacuna, aún grasoso: “nos cuidan para que no nos aumente el colesterol”.

Frente a estas circunstancias bélicas Carlos Z. y otros presos encontraban argumentos a favor de que la guerra favorecería a los presos. Así se escuchaba: “Videla tiene que poner todos los recursos financieros en la guerra y se puede ahorrar el gasto que les provocamos soltándonos o permitiéndonos salir del país”, o “Si movilizan a las fuerzas armadas y de seguridad a combate, van a necesitar a los del servicio penitenciario que nosotros los estamos reteniendo. Por eso van a aflojar con los presos”.

Tal vez fuera Indalecio J., un preso proveniente de cuna comunista, quien expresaba la visión opuesta a la de Carlos Z. Indalecio J. siempre estaba con la guardia en alto, como un boxeador en combate, esperando el golpe bajo o artero. Era de los que encontraba mala o dura explicación a las buenas circunstancias. Si venía una época de mejora en la comida: “Nos están engordando para que aguantemos un traslado más al sur. Nos llevan al penal de Ushuaia”, si durante una semana se reducía la censura a los diarios y revistas que entraban a la cárcel, dejados por los familiares, cuya causa podía ser la mera molicie de las guardias, argumentaba: “Ahora nos van a exigir que digamos que las condiciones carcelarias son óptimas. Al que no lo haga lo reventarán”.

Además, respecto del casi seguro enfrentamiento, él repetía hasta el cansancio: “La guerra nunca puede favorecer al pueblo. Y si nosotros somos parte de él no podemos ni tenemos derecho a esperar algo bueno”.

Indalecio J., como Carlos Z., no estaba solo. Varios presos opinaban desde esa perspectiva. Si algo infrecuente o novedoso ocurría en la vida carcelaria las consecuencias serían malas. Los argumentos no faltaban y la verificación acompañaba casi siempre esa visión fatalista.

Cercanos a la Navidad, la tensión era máxima. Fue en uno de esos días, el 20 ó 21 de diciembre, por la tarde, cuando los presos de todos los pabellones vieron atravesar los pasillos a varios guardias que acompañaban a presos comunes que llevaban un tarro en una mano y un rodillo de pintura en la otra. El tarro, de por lo menos diez litros, debía ser de pintura. Única razón de los rodillos.

Dejaron la reunión y se agolparon frente a sus ventanas. No los vieron subir las escaleras porque eran internas. Pero sí los vieron sobre los techos. Los presos comunes abrieron los tarros. Luego metieron los rodillos e inmediatamente después de sacarlos los apoyaban contra el techo, que era su piso, y agachados caminaban unos diez metros. Varias veces. Como si quisieran pintar una franja. Eso era siempre con pintura blanca.

Luego apartaron esos tarros, que eran la mayoría y abrieron los otros. Allí se aplicaron pero de otra forma; ya no era una pasada horizontal. Estaban sobre la zona que habían blanqueado antes pero ahora escribían letras o símbolos. Todo duró unas tres horas. Guardias y presos comunes desandaron el camino de vuelta. Los presos volvieron a verlos por el pasillo, más aliviados. El peso de la pintura había quedado en el techo.

Volvieron a su reunión. Por supuesto que el interrogante era qué habían escrito sobre el techo de los pabellones, de cara al cielo. No se trataba de tapar goteras, al fin y al cabo no se habían metido con todo el techo, sino apenas con la parte central. Los presos, que no

padecían el ingreso del agua los días de lluvia sobre su techo, habían sentido arriba los pasos de los borceguíes.

Pocos olvidarán que entonces Carlos Z. dijo muy seguro de sí: “Ocurre en todas las guerras: se marcan los objetivos civiles como hospitales, escuelas y en este caso la cárcel, con cruces rojas sobre fondo blanco. No olvidemos que si hay ataques aéreos el gobierno tiene la obligación de avisar anticipadamente a su enemigo de que no somos un objetivo militar”.

Ricardo V. vino a acompañar el punto de vista de Carlos Z. y haciendo alarde de sus conocimientos volvió a dictar cátedra: “Estamos frente a la aplicación del artículo 14 de la Convención de Ginebra, de la que tanto Argentina como Chile son signatarias. Las partes concertarán acuerdos sobre las zonas y tipo de población sobre la que no habrá ataques. Sin dudas que nosotros somos uno de esos casos”.

Todos miraron a Indalecio J., esperando su anuencia a tal interpretación. Parecía razonable e incluso tranquilizadora.

Fue entonces que Indalecio J. sintiendo todas las miradas sobre él, cruzó sus brazos fornidos de obrero de la construcción sobre su pecho y dijo: “Estoy de acuerdo con Carlos. Habrán pintado nomás los techos de rojo y blanco”. Hizo una pausa, mirando la reacción de sus compañeros que lo miraban extrañados por su coincidencia con Carlos Z.

Habrán sido unos pocos segundos, pero Indalecio J. no necesitó más que eso para dejar su punto de vista, que al fin y al cabo lo caracterizó desde su entrada a la cárcel.

Dijo: “Habrán pintado un fondo blanco. Pero sobre él deben haber escrito con letras rojas, mayúsculas y grandes bom-bar-dear a-qui”.

Tratamientos especiales

Algunos presos eran objeto de una saña particular en el penal de Rawson. Entre los provincianos, cordobeses y tucumanos llevaban la peor parte. Los primeros por partícipes reales, sindicados o hijos del Cordobazo. Los segundos por ser miembros de la guerrilla rural, por alentar o simplemente no mostrar suficiente actitud de rechazo a los guerrilleros.

Los nombres que invitaban al tratamiento diferencial eran Juan Domingo, Vladimir, Fidel. Entre las mujeres, que estaban en Villa Devoto, las que se llamaban María Eva corrían la misma suerte.

La condición social de profesional universitario, cualquiera que fuese, y la de obrero, particularmente rural, era señal ineludible para recibir palizas adicionales.

Los apellidos con muchas consonantes y pocas vocales, los *rusos* en la jerga carcelaria, atraían los golpes como un imán al hierro. Descendientes de alemanes, polacos, ucranianos, padecían en carne propia los desvelos de quienes tenían dificultades para pronunciar sus nombres. Los judíos recibían cuotas adicionales.

Haroldo T., peronista, lo sabía. Incluso lo había presenciado con alguno de sus compañeros. Sin embargo nunca lo había vivido en carne propia: no era cordobés o tucumano, sus nombres y apellido no se encontraban en la lista implícita de los casos perdidos. Su condición de descendiente de españoles hacía que su apellido fuera sencillo y fácil de pronunciar.

No es que hubiera tenido un trato preferencial. Pero era del montón. Hasta aquel día. El día de los interrogatorios por parte de los oficiales de inteligencia.

Algunos de los presos que no estaban condenados, sino a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, solían ser sometidos a interrogatorios periódicos por parte de oficiales penitenciarios o funcionarios del Ministerio del Interior. Luego de los informes de rigor, las autoridades nacionales decidían, de manera discrecional, mantener a los detenidos en las cárceles, les otorgaban la libertad plena o vigilada o el derecho a la opción para salir del país.

A Haroldo T. le había tocado una de esas “visitas”.

Se lo anunciaron a los gritos desde la reja del pabellón.
“Interno T., prepárese para salir”.

Luego, mientras Haroldo T. iba saliendo tras atravesar el grueso portón y desconociendo las razones de sus movimientos, le susurraban maliciosamente al oído: “Vienen del gobierno a ver cómo anda. Si contesta bien, a lo mejor se va en libertad”.

“Manga de hijos de puta”, gruñía Haroldo T. para sus adentros.

Lo llevaron, con una correa asida a la muñeca de su brazo derecho, obligándolo a doblarlo sobre la espalda. “Los perros llevan collar”, recordó.

Los guardias le habían adelantado el motivo de su salida. Eso le permitió prepararse. Debería ser cuidadoso en las respuestas. No tenía muchas expectativas en la libertad próxima, pero al menos pretendía no agravar su situación. “No debo enfrentarlos”, reflexionó.

El guardiacárcel que lo conducía, con movimientos de la correa a sus espaldas, se detuvo frente a una oficina con la puerta cerrada. Golpeó. Haroldo T. leyó el cartel identificatorio del lugar: “Jefatura de Seguridad”. Se escuchó del otro lado: “Momento, ya va”.

El momento se transformó en varios minutos. El guardiacárcel se entretenía ciñendo y aflojando la correa sobre la muñeca de Haroldo T. ÉL respondía, en un juego ciego, cerrando y abriendo la mano, dando muestras de incomodidad. “No le voy a decir que me hace doler. Me va a apretar más”.

Finalmente la puerta se abrió. “Que pase el interno. Usted puede retirarse”. El guardiacárcel le sacó la correa, juntó los talones, haciendo que los tacones de los borceguíes se golpearan, saludó de forma marcial a los dos interrogadores, se dijo “¿Qué mierda se creen que son estos tipos?”, y, girando sobre sí, volvió hacia el pabellón.

“Adelante, interno. Tome asiento”.

Haroldo T. se sentó en la silla que le ofrecían y frotó la muñeca derecha con la palma de la mano izquierda para mitigar el dolor provocado por la correa de conducción.

“¿Sabe por qué lo han traído a acá?”.

“Sí, me lo dijeron al salir del pabellón”.

“Bien, le vamos a hacer algunas preguntas. Usted si quiere contesta o no y después la superioridad decidirá qué hacer. ¿Entiende?”.

“Perfectamente”.

Los interrogadores no estaban de uniforme. Ambos vestían traje gris; uno con camisa blanca y el otro azul. Los dos tenían corbata y el pelo corto.

“Vamos a empezar con algunas preguntas sobre sus datos personales y de su familia. Podríamos revisar el legajo pero preferimos que nos responda usted. Así nos vamos conociendo. ¿Le parece?”.

“No hay problema”, dijo Haroldo T. y pensó: “Estos me quieren ablandar. Se creen que soy pelotudo”.

“Después le vamos a preguntar de sus trabajos, la militancia política y de lo que piensa de la vida carcelaria. Por supuesto, no está obligado a responder, pero siempre es bueno que lo haga porque lo acerca a la libertad. Más teniendo familia, como usted”.

“No hay problema”.

“Empecemos, entonces”.

Uno de los interrogadores abrió un maletín negro, sacó un formulario de varios folios, les puso papel carbónico y lo golpeó de punta sobre la mesa del escritorio que estaba entre ellos y Haroldo T. para emparejar las hojas. Levantó la vista.

“Bien. ¿Nombre y apellido?”.

“Haroldo T.”

“¿Lugar y fecha de nacimiento?”

Haroldo H. respiró hondo. Se dijo “Al menos no soy cordobés o tucumano”.

“General Pico, provincia de La Pampa. El dieciocho de diciembre de mil novecientos cuarenta y ocho”.

“¿Profesión?”.

“Empleado bancario”. Haroldo T. intentó evitar una sonrisa: no era profesional u obrero.

“Si está casado, el nombre y apellido de la esposa”.

“Silvia A.”.

“¿Se acuerda de la fecha de nacimiento de ella?”.

“Sí”. Haroldo T. recordó las sorpresas que le había dado a Silvia en más de una oportunidad, cuando simulando el olvido de su cumpleaños recién a la noche entregaba su regalo. Simple pero cálido. Un libro, media docena de rosas, un pañuelo.

También recordó ese chiste del compañero de pabellón. Un matemático que repetía: “La fecha de cumpleaños casi siempre coincide con la de nacimiento”.

“Quince de enero de mil novecientos cincuenta”.

“¿Tiene hijos?”.

“Dos”.

“¿Nombre del primero?”.

Haroldo T. volvió a suspirar. Sus hijos no tenían los nombres malditos.

“Pedro Rafael”.

“¿Rafael, por el presidente Videla?”.

Haroldo T. no respondió.

“Le hice una pregunta. ¿Por qué no contesta?”.

“Mi hijo nació en el año mil novecientos setenta. Nadie sabía que el presidente sería Videla. Hay un pintor italiano del renacimiento, Rafael Sanzio, que a mi esposa y a mi nos gusta mucho. Fue en su honor”.

“¿Fecha de nacimiento?”.

“Diecisiete de octubre de mil novecientos setenta”.

Uno de los interrogadores se puso incómodo. Esa fecha lo había molestado.

“¿Usted nos está cargando?”.

“No señor, ¿Por qué?”.

“Por la fecha, diecisiete de octubre. ¿Se cree que somos pelotudos?”.

Volvió a recordar a su compañero matemático. Y, como él, repitió: “Todos los días tienen la misma probabilidad de ser la fecha de nacimiento de las personas. Uno en trescientos sesenta y cinco. Casi el tres por mil. A mi hijo le tocó justo ese”.

“Vamos, no ande con historias. ¿Nombre del segundo?”.

“Cristina”.

“¿Un solo nombre?”.

“Sí”

“¿Fecha de nacimiento?”

Haroldo T. traspiró en frío. “Diecisiete de octubre de mil” y un golpe seco en su cara lo dejó mudo.

“Párese, guacho de mierda”.

Haroldo T. se levantó de la silla como pudo y cuando quiso hablar recibió una trompada en el estómago, que lo dobló y lo dejó sin aire ni palabras.

“Sobrador de mierda. Te vas a pudrir acá adentro. ¿Así que tus dos hijos nacieron en ese mismo puto día?”.

Los dos interrogadores siguieron golpeándolo hasta cansarse. Para eso se quitaron los sacos. Haroldo T., tirado en el piso sangraba por la nariz y por el corte de su labio inferior. Levantó su brazo derecho reclamando atención.

Eso puso aun más frenéticos a los interrogadores. Uno de ellos le imputó lo tardío de un eventual pedido de perdón: “¿Qué te pasa ahora, vas a disculparte? Es tarde, turro”.

El otro aventuró la razón de la coincidencia en los nacimientos: “¿Guachito, dejaste pasar unos días para que las fechas calzaran? Estos peronistas no tienen cura”.

Y entonces Haroldo T., escupiendo sangre y con una sonrisa leve e inentendible para la circunstancia, en un hilo de voz y apenas audible dijo: “No, lo que quiero decir es que mis hijos son mellizos, nada más”.

Ciencia e Ideología

Los presos ya estaban en Rawson. Los doce habían pasado la noche del 22 de agosto alojados en un salón pequeño, aunque cada uno pudo dormir sobre un colchón. Cada tres horas pudieron ir al baño, para lo que debían solicitar el permiso a la guardia. Lamentaban el traslado, pero no había sido tan gravoso. Hasta ahora.

Eran las 7 de la mañana, según uno de los relojes que no habían sido incautados, aunque oscuro todavía como la noche pasada, según veían por un ventanuco alto.

“¡¡¡Vamos mierda. Arriba!!! ¿Dónde creen que están? De pie y en fila todos.”

Los doce se pararon rápidamente. La recepción recién comenzaba.

El jefe de seguridad interna, Alfredo G, a quien el preso Víctor B volvería a encontrar veinte años después, era duro y fiero. Refinado y cruel. Mostraba un raro deseo por interrogar a los detenidos. Lo hacía de manera tal que por momentos la relación vertical se transformaba en un diálogo casi horizontal. Algunos presos tomaban esto como un gesto de cortesía o, peor aún, comprensión. Lo hacía para conocer sus puntos débiles; luego mandaba a los “brutos” a aflojar a los detenidos.

Los presos fueron nuevamente esposados y llevados entre gritos y un pasillo de guardiacárceles, que los golpeaban a puñetazos o bastones, a un salón de interrogatorios. Allí, los oficiales de inteligencia intentaban arrancar mediante amenazas, golpes o promesas, información destinada a cumplir con varios objetivos: datos que sirvieran para identificar o ubicar a otros “subversivos”, las flojedades de los detenidos o el grado de peligrosidad. Luego decidían, con esa información, a qué pabellón iría cada nuevo preso.

Del salón, los presos fueron pasando uno a uno, a una salita contigua. De a uno y esposados frente a tres oficiales penitenciarios y a Alfredo G. Una cachetada sonora, sorpresiva, que enrojecía rápidamente la mejilla y oreja del preso, provocando algunas lágrimas inevitables, era la señal de que el interrogatorio daba comienzo.

“Nombre”.

“Jorge H, señor”.

“De dónde viene usted”.

“De Necochea, señor”.

“¿Por qué fue detenido, interno?”. La primera pregunta decisiva, acompañada de la calificación permanente, de ahora en más. Alfredo G y los oficiales sabían por qué Jorge H estaba detenido. Al menos por la referencia recibida en el informe, que acompañó a los presos trasladados. Esperaban y estudiarían su respuesta.

Jorge H sabía, con ligera aproximación, lo que ellos sabían. Pero no exactamente. “Por mi militancia política en un barrio de Necochea”. Primera finta.

“¿Usted estaba en el E.R.P., interno?”.

“Es por lo que me acusaron, señor”. Una respuesta ajustada. No negaba ni aceptaba.

“No te hagás el pelotudo, Jorgito. Acá en tu foja dice eso”.

“Nunca tuve causa judicial. Estoy a disposición del PEN desde hace seis meses. Me acusan de eso, señor, pero yo no estuve nunca en el E.R.P.”.

Alfredo G se dirigió a sus subordinados: “Que este vaya al seis” y luego a Jorge H, “Te prometo que si me entero de que me mentiste te voy a meter en los chanchos hasta que pidas por tu madre”. Primera lección para Jorge H: el chanco debía de ser el calabozo, celda de castigo o aislamiento.

Así fueron pasando los doce trasladados; mejor dicho hasta que le tocó al último: Pedro B. Profesor de matemática en la Universidad del Litoral. En verdad Pedro B. no había tenido militancia política partidaria, aunque como hombre sensible frente a las injusticias había participado de marchas públicas y firmado solicitadas. Un hombre desprejuiciado. Antidogmático. Sin especulaciones.

Alfredo G. estaba cansado. Los presos recién llegados habían prestado poca colaboración. Sus logros, en este 23 de agosto, eran escasos hasta el momento. Además, frente a sus oficiales subordinados, no había podido mostrar sus capacidades histriónicas, ni alcanzado éxito alguno en los interrogatorios. Sería el comentario generalizado en el casino de oficiales. Debía esforzarse.

“Interno B, acá leo que usted está a disposición del PEN por una causa de infiltración ideológica marxista en la Universidad del Litoral. ¿Es así?”

“Sí, señor. Pero se trata de un error. Espero que pronto se corrija y me pongan en libertad”.

“Ah, un error. ¿Usted me toma por pelotudo?”.

“No, señor. Yo enseñaba matemática, no enseñaba nada vinculado con la política, ni con la ideología que usted menciona”.

Alfredo G creyó ver una luz en su pálido día de trabajo y direccionó el interrogatorio, aplicando lo aprendido en los cursos de inteligencia y contrainsurgencia que recibiera en Campo de Mayo.

“Interno, ¿usted enseñaba a los alumnos teoría de conjuntos?”.

“Sí, señor. Pero si me disculpa le diré que se trata de una herramienta generalizada en la mayoría de los sistemas escolares de enseñanza media de casi todo el mundo. En la Universidad la formalizamos y profundizamos”.

“Es que la infiltración marxista opera de esa manera. De forma inocente es introducida en las mentes de los jóvenes”.

Pedro B. hacía esfuerzos para no perder la compostura. Si contestaba, su salud física correría peligro. Si callaba debería asumirlo como un acto de cobardía, rara en él: estaría poniéndole un velo a la verdad.

“Pero señor, con mis disculpas le aseguro que los creadores de la teoría de conjuntos fueron personas que vivieron antes de que el marxismo se conociera como tal. De hecho Cantor, un matemático ruso, quien realizó uno de los más importantes aportes, murió antes de que la obra de Marx fuera difundida”.

“Ruso, ahí lo ve. Protocomunista y protomarxista. Y usted, interno, usted les hizo el juego. Un idiota útil. Por eso está preso”.

“Señor, con todo mi respeto, no entiendo la asociación. Podríamos encontrar a tantos científicos o escritores rusos cuyas obras fueron anteriores a las de Marx y no por ello se

los debe syndicar de protocoministas o protomarxistas como usted lo hizo. Con todos mis respetos, señor”.

“Usted emplea la dialéctica, interno. Y me dice que no es marxista”. Voló el segundo cachetazo. Esa mano cargada de dolor, humillación, jerarquía y un llamado perentorio a la reflexión sobre las palabras dichas.

Los oficiales auxiliares de Alfredo G. entendieron que debían apoyar a su jefe. Uno de ellos aplicó una trompada en el estómago a Pedro B. y cuando se dobló por el dolor el segundo le dio un bastonazo en la espalda.

“Lo voy a ayudar, interno. Dígame un nombre de esos cientos de rusos que usted dice no le hicieron el caldo gordo al comunismo. A ver si encuentra al menos uno y lo dejo ir al pabellón”. Alfredo G. se sentía en su salsa. Ganador.

Pedro B. hurgó, dolorido, en su memoria. El dolor de los golpes se sumaba a la sensación de resignarse ante un hombre prejuicioso. Él, un analítico, haciendo concesiones. No supo qué le dolía más. Se sonrió. De pronto recordó al Tolstoi de Guerra y Paz. “Tiene el caso de León Tolstoi, su novela Guerra y Paz, donde se combate a Napoleón, que había derrocado a los reyes franceses, es un buen ejemplo”. Respiró aliviado.

Alfredo G también sabía del autor y tiró del anzuelo. “Ja, pero Tolstoi también escribió Ana Karenina. Y usted, interno, sabrá que en esa novela ella se enamora fuera del matrimonio. Se trata de un golpe a uno de los valores más importantes de la familia cristiana. Ve, usted no tiene ejemplos para darme, porque es como todos ellos”.

Hizo una seña a uno de sus colaboradores y un puño cerrado, que Pedro B no supo desde donde llegó, se estrelló contra su estómago.

“Mire, interno. Le voy a dar otra oportunidad. Deme otro nombre o reconozca que está equivocado y le ha hecho el juego a los comunistas, enseñando lo que enseñó”.

Alfredo G se sintió triunfador, no tanto por los golpes que en general solían ablandar a los presos, sino porque en ese debate Pedro B, en su opinión, no tenía ya argumentos. Bajó la tensión de su guardia psicológica.

Pedro B sintió deseos de vomitar. Más por el desdén al dogmático que lo enfrentaba que por los efectos de los golpes recibidos. Consideró pedir disculpas y darse por derrotado. Tal vez no habría más puñetazos o bastonazos. Lo mandarían a un pabellón de livianos antes que de resistentes; la diferencia no era desdeñable. Se sintió Galileo retractándose para salvar su cuerpo de la pira y diciendo, en voz baja, “sin embargo se mueve”.

Sacudió su cabeza, como rechazando ese estilo que le pareció complaciente. Al fin y al cabo, a diferencia de Galileo, su vida, esta vez, no corría peligro. Y se animó.

Dirigiéndose a Alfredo G., dijo “Señor, si me disculpa y permite, antes de responderle querría saber su edad”. Alfredo G. se sorprendió, y repreguntó: “¿Por qué quiere saberlo?”.

“Porque se nota que usted ha leído y estudiado mucho, señor”

Alfredo G. ya no encontró objeciones, incluso se sintió halagado por las palabras del preso y engolado dijo: “Gracias. Cuarenta y tres”

Pedro B. se irguió cuanto pudo y lo miró a los ojos con firmeza, sabiendo de antemano los golpes que caerían sobre él, el destino que correría en el futuro en esa cárcel calificada orgullosamente por presos y carceleros como de máxima seguridad. Carraspeó.

“Un hombre que ha leído tanto, a su edad, no debería ser tan pelotudo”.

Defensa Siciliana

Finalmente quedó todo preparado para el gran desafío. La partida de ajedrez prometida se iba a realizar. Juan Carlos H. y Sebastián P. se habían alistado para enfrentarse y sus deseos de victoria anunciaban un enfrentamiento duro. Ambos habían practicado ajedrez en clubes de Buenos Aires y, por los rivales que decían haber vencido y que los habían derrotado, parecían de un nivel parejo, lo que aseguraba al público un rato de esparcimiento nocturno tan largo como entretenido.

Para un observador externo hubiera sido imposible de aceptar: en el penal de Rawson los juegos estaban prohibidos: no se veían tableros ni piezas en las celdas.

Juan Carlos H. y Sebastián P. ocupaban celdas contiguas casi en la mitad de un ala del pabellón, lo que permitía, en los horarios que permanecían encerrados, comunicarse a través de golpes en la pared, aprovechando la ausencia de guardiacárceles, sobre todo por las noches. Para ello aprendieron el código Morse y entonces podían transmitir mensajes o entablar conversaciones que cumplieran con los objetivos de entretener o llevar alguna información importante: traslados de detenidos, visitas inesperadas, alertas varias.

El golpe de un nudillo, preferentemente de la segunda falange del dedo mayor, dado en la pared maciza, proporcionaba un sonido agudo: tac, para los oídos y eso representaba un punto de aquel código. Cuando los golpes eran dos consecutivos y sin pausa entre ellos, tac tac, se trataba de una raya. Una pequeña espera entre los golpes significaba el cambio de letra o número enviados y una espera mayor representaba el cambio de palabra. Eso era suficiente para que cada jugador hiciera conocer al contrincante su movida.

El público espectador seguiría la marcha del juego mediante el mismo mecanismo. Juan Carlos reproduciría en la pared contraria la movida realizada, mientras que Sebastián haría lo mismo para el otro lado. Así la partida podría ser seguida, al menos, por todo un ala del pabellón.

Para jugar y seguir la partida sólo faltaban tableros y piezas. Ese tampoco era un problema. Si bien no contaban con material de recreación, gozaban de dos ventajas incomparables: camastro de madera sobre el que se asentaba el colchón y sobres de té con etiquetas de distintos colores, ya por la marca, ya por la función: colagogos, hepáticos, diuréticos, comunes e infinidades mas.

Levantaban los colchones y sobre algunos de los listones de madera marcaban con el borde del fondo del dentífrico el cuadrulado de ocho por ocho, donde fluirían los pensamientos y navegarían las piezas que se hacían con aquellas etiquetas rasgadas y dobladas, diferenciando los peones de los caballos, los alfiles de las torres y las negras de las blancas.

Ya estaba todo listo para comenzar. Previamente se había pactado que Juan Carlos llevaría las piezas blancas, con lo que daría inicio al juego. Una vez verificado que no había guardias en el pabellón, mediante la revisión por debajo de la puerta de la ausencia de borcegués penitenciarios, se dio, pared de por medio, el aviso de que el juego podía comenzar. Rivales y público prepararon su artillería.

Tac (pausa), tac, tac, tac, tac, tac tac movió Juan Carlos H.

Tac tac, tac, tac tac, tac (pausa) tac, tac, tac, tac, tac respondió Sebastián P.

Las dos movidas corrieron, propagadas por las paredes que recibían los golpes codificados, hacia los extremos del ala como las ondas expansivas que se producen al arrojar una piedra al estanque. Una rara y simultánea tensión se produjo en los presos. Por un momento Julio R. olvidó que había recibido unas horas atrás carta de su esposa, donde le anoticiaba de los deseos, mejor dicho de la decisión, de su separación, al tiempo que pedía su comprensión y colaboración. Tampoco importó para Benjamín S. que ayer le informara su abogado de que el Poder Ejecutivo Nacional, el “pen” en el lenguaje carcelario, le había negado el derecho a opción para salir del país. Su familia seguiría en Italia y él en Rawson.

La noche estaba en silencio, sólo interrumpida por los machacones tac, tac. El juego continuó. Juan Carlos H. hizo su segunda movida:

Tac tac, tac, tac tac, tac (pausa) tac, tac, tac tac, tac (pausa), tac, tac, tac tac, tac tac.

Respondió Sebastián P.: Tac (pausa), tac tac, tac, tac, tac, tac.

Los reflectores, ubicados en las torres sobre los muros, paseaban su brillante luz sobre los patios de recreo vacíos, en los que los guardiacárceles esperaban encontrar, tal vez, sombras de presos intentando una nueva fuga.

Alumbró la tercera jugada; Juan Carlos H. anunció: Tac tac, tac, tac (pausa), tac, tac, tac, tac, tac tac. Respondió Sebastián P.: Tac, tac tac, tac, tac tac (pausa), tac tac, tac, tac, tac tac (pausa), tac, tac, tac, tac, tac tac.

Jorge H., inquieto y con ganas de intervenir, desde el fondo, hizo un comentario en el lenguaje de los golpes: “Es una defensa siciliana, se van a dar con todo”. Era imposible responderle; en verdad, era necesario que no siguiera, sus intervenciones, en caso de continuar, impedirían escuchar las próximas jugadas. Sólo tuvo por respuesta golpes secos contra su pared; no fueron entonces los nudillos de la segunda falange sino el canto de la mano que forman el dedo meñique y su metacarpiano, los que cerrados en un puño le respondieron requiriéndole silencio.

Así siguió la partida. Una hora, otra más, y otra se fueron, sin notarlo. Para los presos, que encuentran los días largos como años, el tiempo fluía con una velocidad inusual y permanecían en vela siguiendo las jugadas. Sólo el golpeteo en las paredes indicando la movida o su reproducción alteraban la quietud. Oír y golpear, oír y golpear.

Poco a poco el juego se fue inclinando a favor de Juan Carlos H: si bien habían intercambiado damas y cuatro peones, sus torres habían encontrado columnas abiertas, sus alfiles diagonales libres y sus caballos parecían dispuestos a apacentar sin límites. Por el contrario las torres de Sebastián estaban confinadas a la primera fila, como presas. Sus alfiles tenían unos pocos lugares libres y los caballos se mostraban imposibilitados de saltar los corrales, donde estaban encerrados, y que pacientemente había vallado Juan Carlos H. Sólo era cuestión de tiempo para que llegara al triunfo; que Sebastián P. reconociera su

desventaja y decidiera abandonar. Pero no se iba a entregar fácilmente. No sería un trámite. No. Antes esperaría un error de su contrario, pretensión desmedida a la luz de las jugadas previas, la firmeza y la precisión en las movidas ya realizadas. O tal vez un hecho externo, un milagro de vuelo bajo que paralizara la partida.

Eso necesitaba Sebastián P., un pequeño milagro. No una liberación colectiva e inmediata de todos los presos, que provocaría una estampida generalizada donde todos, incluido Juan Carlos H., olvidarían la partida que se estaba jugando. Ni siquiera el aviso intempestivo de que tendrían una cena adicional, con carácter de excepción, por lo que debían interrumpir su presunto descanso.

Algo de menor calibre deseó Sebastián. Algo que obligara a suspender, mejor dicho a interrumpir abruptamente la partida e imposibilitara su continuidad. Sólo eso lo salvaría de la derrota y las burlas posteriores.

Acostado boca abajo y con la mirada fija en el tablero, mientras analizaba una y otra vez su situación, al tiempo que Juan Carlos H. le reclamaba por su respuesta: Tac tac, tac, tac tac tac, en un estremecido y reiterado interrogatorio: ¿y?, ¿y?, cuando ya estaba a punto de golpear la pared anunciando su abandono, escuchó, al igual que todos los presos del pabellón, unos puñetazos en una puerta de alguna de las celdas del ala de enfrente, seguidos de un reclamo perentorio:

“¡¡Señor celador, señor celador!!”.

“¿Quién llama y por qué?”, se escuchó desde el otro lado del pabellón

“Interno 235, de la celda 26. Necesito ir al baño con urgencia”.

“Use la bacinilla, interno. No moleste a esta hora de la noche”.

“Es que estoy muy descompuesto, señor celador. Por favor ábrame la puerta”.

“Espere un momento. Voy a consultar”.

Todos permanecieron expectantes. Si los guardiacárceles satisfacían el requerimiento del preso, entonces entrarían al menos dos de ellos para acompañar al interno hasta el baño y de paso prenderían las luces de las celdas para el descanso. En tal caso, y muy rápidamente, deberían juntar las fichas, bajar los colchones, acomodar sábanas y frazadas, acostarse y simular el sueño.

Si le contestaban negativamente la partida iba a continuar. Todos, excepto Sebastián P., deseaban esto último. Esos minutos se volvieron eternidad hasta que el guardia gritó desde la puerta: “Interno de la celda 26, prepárese para salir al baño. ¿Me escuchó y entendió?”, recibiendo por respuesta “Si señor celador, muchas gracias”.

Se escucharon saltar los candados del portón de ingreso e inmediatamente a dos guardias entrar al pabellón, vieron por debajo de las puertas cómo se prendían las luces y comprendieron que se terminaba, abruptamente, la partida de ajedrez, con una defensa siciliana, por una intempestiva salida de urgencia al baño. Sebastián P. bufó aliviado, levantó sus brazos, alzó sus ojos a un cielo que no veía y sólo atinó a un ajustado y preciso “Gracias, Señor”.

El buen guardián

Pedro B llegó al pabellón donde lo habían asignado. Por su actitud hostil frente al jefe de seguridad interna le tocó en suerte el número uno. El de los pesados. Ya tendría oportunidad de sentir en carne propia tal denominación, tanto por el comportamiento de los guardiacárceles como de sus compañeros.

Caminando con las manos atrás, sosteniendo con dificultad sus reducidas pertenencias: calzoncillos, camisetas gruesas, aptas para el invierno chubutense, dos o tres pares de medias y otros tantos pullóveres y camisas, fue detenido frente a la puerta de ingreso al pabellón.

Recordó que debió dejar los pantalones en la inspección a su llegada, ya que debían usarse los oficiales, provistos por las autoridades de la prisión. Tampoco pudo llevar sus libros. Estaban prohibidas.

Con la vista puesta en el piso, escuchó abrir los cerrojos y una voz. “Va cortado”. Ya lo había aprendido, era la indicación para que la puerta inmediata anterior se cerrara, procedimiento destinado a asegurar que sólo hubiera una puerta abierta entre otras dos. Fue empujado al interior del pabellón.

“Nombre, interno”.

“Pedro B, señor celador”.

“Puede levantar la vista y mirar a los costados. Así conoce el lugar”.

Pedro B. levantó la vista, saludó cortésmente con: “Buenos días, señor celador” y, con recelo, giró su cabeza a derecha e izquierda. Un edificio rectangular y techado, de unos cincuenta metros de largo por quince de ancho, con un gran espacio al medio, donde se ubicaban mesas y largos asientos de madera. Le pareció ver tres o cuatro estufas a gas entre las mesas, que silbaban sonoramente frente al silencio del entorno. Le llamaron la atención, tanto las estufas como el silencio. A cada lado contó unas veinte puertas. Pensó: “las celdas”.

El carcelero lo advirtió: “¿Sabe qué pasa, interno? Hace mucho frío en invierno y con las estufas se siente menos. Sus compañeros están encerrados en las celdas, por razones de seguridad, por su llegada. Ya los conocerá”.

Y siguió: “¿Quiere darse una ducha? Antes de que lo encerremos, le vendrá bien”.

Pedro B asintió: “Si señor celador. Muchas gracias. ¿Dónde está el baño?”.

“A su izquierda. Detrás de los vidrios. Es una zona de duchas comunes. Deje la ropa a un costado. Le daré jabón y una toalla”.

Pedro B se dirigió a la zona que el guardiacárcel le había indicado. Se sacó toda la ropa, quedando sólo en calzoncillos. A pesar de las estufas cercanas sintió el frío de Rawson en ese agosto.

El celador se acercó, hasta un metro de distancia. Estiró el brazo y le entregó una toalla blanca y un pan de jabón de lavar. El pan de jabón tenía ese aroma inconfundible de la cera. Estaba sin usar; como la madera sin cepillar o lijar, mostraba sus aristas. Se leía la marca.

Pedro B se sacó el calzoncillo y se sintió observado por el celador, quien a través del vidrio posaba los ojos en su humanidad desnuda. Durante años sería así.

Mientras se dirigía para colocarse debajo de una de las duchas, Pedro B pensó: “Parece que por lo menos hay un tipo piola”. Hizo girar, mecánicamente, la llave de la izquierda, la del agua caliente, entre el par que estaba bajo la flor de la ducha. No cayó agua. El guardiacárcel lo miraba. Pedro B insistió, hasta que la llave no pudo girar más.

El celador abrió una ventana, a través de los vidrios. Dijo: “Ah, disculpe que no le avisé. No hay agua caliente. Se rompió la caldera y no hay repuestos en la zona. Ya le avisamos a los presos que deberán tener paciencia y bañarse con agua fría”

“Mierda”, reaccionó Pedro B, quien ya temblaba notoriamente, fruto de su desnudez, las bajas temperaturas y la bronca.

“¿Cómo dice, interno?”.

“Nada, señor celador. Sólo que es una lástima que no haya agua caliente en estos días tan fríos”.

“Si, verdaderamente”, acotó el carcelero, con un tono de condolencia.

Pedro B tomó fuerzas, se ubicó lo más lejos que pudo de la flor de la ducha y con el brazo derecho estirado hizo girar, una media vuelta, la llave del agua fría. Salía. El celador lo seguía mirando.

Dio un paso hacia delante, se puso bajo la leve caída de agua y sintió que la cabeza y el corazón reventarían. Mientras el agua corría por el cuerpo se enjabonó tan rápidamente como pudo. Luego colocó el jabón en la jabonera y se apartó de debajo de la ducha para frotarse el jabón de la cabeza, el pubis, testículos y culo. Piojos, pulgas y chinches debían ser expurgadas.

Volvió a colocarse debajo del agua y de manera veloz se enjuagó. Otra vez volvió a dar un paso atrás. Hizo girar en sentido opuesto la llave de agua. El celador lo seguía mirando con ojos indiferentes.

Pedro B se frotó con la toalla, de manera ejecutiva y firme. Cuando terminó y había levantado un pie para ponerse el calzoncillo que ya tenía en las manos, escuchó al guardiacárcel:

“¿Qué hace, interno?”.

“Nada, señor celador. Me estoy vistiendo. Ya me bañé. Muchas gracias”.

“¿Usted me está tomando el pelo?”.

“De ninguna manera señor celador. ¿Por qué me lo dice?”.

“Todavía queda jabón”.

“Sí, señor celador. Pero ya me enjaboné todo el cuerpo. Por eso me sequé y me estoy vistiendo”.

“Usted se tendrá que bañar mientras tenga algo del jabón que le di. No se haga el vivo. Y ahora vuelva a la ducha. Acá queremos que los presos estén bien limpios”.

Un eco desagradable

Ir al odontólogo de la cárcel de Rawson era doblemente doloroso. Quienes lo visitaban, siempre custodiados por guardias, aquejados de molestias por los dolores de muelas que les impedían descansar, pensar o siquiera alimentarse normalmente, sabían que la respuesta era siempre la misma: “Mire, la única solución para su caso es que le extraiga la pieza. Le doy mi palabra”. Unas veces se trataba de un diente, otras de un molar. Incluso podían ocurrir extracciones múltiples.

Pero nunca existía la posibilidad de una reparación. “No contamos con instrumentos para eso. Le doy mi palabra”. Los presos, ya resignados, mientras se preparaban para la inevitable operación, veían prepararse al odontólogo: ponerse mascarilla, guantes de látex y acomodar la lámpara, que recordaba a las de interrogatorio, enfilando el haz concentrado de luz sobre la boca abierta del doliente.

“Es un ratito, nada más. Luego el dolor se va a ir en un par de días y usted volverá a la normalidad”. Al instante empuñaba la pinza y la dirigía a la cavidad bucal estirando el brazo. El cuerpo acompañaba el movimiento, en una suerte de palanca humana. Parecía que se iba a introducir él dentro de la boca del preso, quien miraba con una mezcla de prevención y espanto.

Los de reacciones más rápidas interrumpían ese movimiento de halcón sobre su presa. Interponían su propio brazo, se erguían y preguntaban:

“¿No me va a poner anestesia?”.

“No hay en el penal. No sé qué ocurrió pero se terminó”.

“¿Y por qué no me lo dijo antes? ¿Así me va a sacar la muela?”.

“Es que me cansé de insistir para que me mandaran anestesia y calmantes. Le doy mi palabra”.

Enmudecían y, finalmente, accedían a la extracción. Al fin y al cabo era más insoportable la continuidad del dolor sostenido que los mantenía insomnes y malhumorados, que el sufrimiento circunstancial de la pinza horadando la boca, llevándose triunfal la pieza dentaria.

“Está bien. Dele nomás”.

Sentir la extracción de una muela. No es posible describir las sensaciones de dolor en ese momento. Ni siquiera es posible cerrar los ojos, porque la boca abierta al máximo, con la intención de no interponerse en el camino del torno o la pinza, provoca un movimiento de mandíbulas de apertura superlativa.

Al abrazar el instrumento y comenzar el movimiento pendular, con la intención de aflojarla de su base, las raíces cobran vida como si quisieran seguir junto al hueso que les ha dado sustento y razón de ser. Pero ese esfuerzo es vano. Sin anestesia se siente la ascensión de las raíces que aún pretenden aferrarse e impedir su extrañamiento. De golpe sale toda la

pieza, y con ella un dolor paroxístico y borbotones de sangre gruesa, profunda, que los presos escupen sobre el recipiente de porcelana.

“Ya está. Una extracción perfecta”. Los presos maldecían una y otra vez a ese dentista, prometiendo venganza terrenal. El dolor sostenido e insoportable de las muelas con caries había desaparecido anulado por este otro, que los ponía al borde del desmayo, los ojos enrojecidos por el llanto y el vómito cercano por la sangre que tragaban.

“Abra la boca, por favor. Ahora le pondré un apósito para que cicatrice rápido y en un par de días no tendrá de qué quejarse”. “Eso sí, no tome mate, para evitar que el efecto de succión le arranque el tapón que se irá formando y tampoco fume, así no echa humo ni nicotina sobre la herida abierta”.

Se completaban las operaciones mecánicamente. Los presos apenas asentían, imposibilitados de hablar o contestaban moviendo la cabeza, casi siempre para decir que sí, con un movimiento vertical.

“Bueno, vaya nomás. Ya le dije, en un par de días se habrá olvidado del dolor. Le doy mi palabra”. Remataba diciendo: “No me diga gracias, es mi obligación”.

Así era el odontólogo. Un hombre de unos 35 años, gris en todo el sentido de la palabra. Gris era su guardapolvos, gris el trato con los presos: no tenía una actitud de conmiseración, pero tampoco de agravios, ni trato descomedido. Un burócrata que hacía su trabajo, en las condiciones impuestas, sin chistar. Solía decir, lacónicamente, “Cumpla órdenes”. Los presos, finalmente, tras averiguar con el auxilio de los familiares, conocieron su nombre: Jacinto O.

Gustavo P. había sido uno de sus pacientes. Estudiante de psicología en la Universidad de La Plata cuando lo detuvieron, estaba en Rawson detenido a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. “Está con el PEN”, era la expresión para designar a los miles de detenidos en esas condiciones.

Con la dictadura en retirada, en 1982, lo pusieron en libertad. Cuando volvió a su universidad la carrera se había cerrado. Fue a otra y, mientras se dedicaba a hacer encuestas domiciliarias, atender reclamos en mostrador y ofrecer productos a domicilio, terminó incorporando experiencias de trato con gente de todos los niveles, lo que junto a sus conocimientos profesionales, lo transformó rápidamente en un respetado gerente de recursos humanos.

En 2002 y con el auge de la actividad petrolera en un redivivo Comodoro Rivadavia hizo que la mayoría de las compañías tomaran la decisión de expandirse y contratar más personal. Por ello, la Petroleum Argentina previendo la incorporación de más de cien operarios, estaba a la búsqueda, entre otros profesionales de la salud, de un odontólogo permanente para atender a los nuevos obreros y al resto del personal.

El responsable de recursos humanos hizo poner un aviso en los diarios locales: “PETROLEUM ARGENTINA SELECCIONARÁ ODONTÓLOGO FULL TIME.

PRESENTARSE A PARTIR DEL 11 DE ABRIL EN LAS OFICINAS DE AVENIDA MOSCONI 1230, EN EL HORARIO DE 10 a 13. GERENCIA DE RECURSOS HUMANOS. REMITIR ANTICIPADAMENTE ANTECEDENTES POR CORREO ELECTRÓNICO A: recursoshumanos@petsur.com.ar”

Jacinto O. fue uno de los que envió su currículum. Ya se había mudado a la ciudad más grande de Chubut. La vida se había puesto dura con el advenimiento de la democracia. El Colegio de Odontólogos de Rawson y Trelew lo había expulsado de su seno por violaciones al código de ética profesional, su esposa había entrado en una severa depresión y sus dos hijos se habían distanciado, no sólo física, sino afectivamente, al conocer las causales de expulsión de su padre de la asociación profesional. No podía atender pacientes de mutuales u obras sociales, tampoco trabajar en los hospitales públicos, arrastraba una inhabilitación por 99 años.

Además ya tenía 60. A esa edad, vivir de los eventuales pacientes particulares que entraran a su consultorio resultaba angustiante.

Llegó puntualmente a la entrevista. Pero no era el primero. Debía esperar a que dos candidatos entraran antes que él. Finalmente fue su turno. Lo hicieron pasar a una amplia oficina donde una persona de unos 50 años lo esperaba sentado tras un sobrio escritorio. A espaldas del anfitrión se veía, gracias a un amplio ventanal, el mar argentino. Embravecido, como casi siempre.

El gerente se levantó gentil y extendió su mano derecha: “Buenos días. ¿Usted es Jacinto O?”. Sin esperar respuesta agregó: “Siéntese por favor. Ya leí sus antecedentes”.

A Gustavo P. le pareció estar frente a un rostro vagamente conocido. Pero no le dio importancia.

“Como sabe, estamos a la búsqueda de un odontólogo con experiencia. Y usted tiene una vasta trayectoria”.

“Muchas gracias”

“Sin embargo algo me llama la atención. Usted señala en sus antecedentes que tiene casi veinticinco años en el sector público, pero no sumo más de diez y siete: ocho en el Hospital Posadas y nueve en el Hospital Municipal en Bahía Blanca”.

“En realidad estuve casi diez años, entre 1975 y 1984 trabajando para el Servicio Penitenciario Federal”.

Gustavo P. tragó saliva, intentando no mostrar su ansiedad: “¿En qué lugar?”.

“En el penal de Rawson. Pero cada vez que lo digo o escribo me trae problemas”. Casi suspirando, agregó: “Es que han cambiado tanto las cosas, ahora”.

Gustavo P. no salía de su asombro: “No sé qué hacer”, se dijo. “Yo, que juré buscar y tomar venganza de todos los tipos que me hicieron sufrir, estoy paralizado. Yo, que intenté conservar los nombres, las caras y los gestos para no olvidarlos, que traté de averiguar los

domicilios de todos los que nos trajeron padecimientos, para ir en busca de revancha, ahora que tengo uno de ellos aquí enfrente, lo miro con lástima. Me cagó con la sorpresa”.

Sólo atinó a decir: “Bueno, ahora entiendo. No se haga problemas. Vamos a analizar muy seriamente sus antecedentes. Tiene una experiencia muy rica, sin dudas aquilatada en circunstancias difíciles, donde hasta le limitaban los recursos. Supongo que habrá hecho malabares para atender a sus pacientes, evitar los sufrimientos y que sus dolencias no aumentaran en las duras condiciones del encierro”.

“Hice lo que pude. Nada más”.

“No se preocupe. Como le decía, vamos a considerar su solicitud y le informaremos”. Y agregó, creando expectativas: “Algunas posibilidades tiene”.

Esas últimas palabras de Gustavo G. pusieron un brillo en la fría y distante mirada de Jacinto O. “Mucho le agradeceré lo que pueda hacer. En verdad necesito este trabajo”.

Gustavo P. se levantó, invitando a Jacinto O. a hacer lo mismo y lo acompañó hasta la puerta de salida.

Le estrechó la mano, volvió a expresarle que consideraría con la mayor seriedad sus antecedentes y, para ratificar su compromiso, de manera ceremoniosa, como dando certidumbre y esperanza, le dijo: “Le doy mi palabra”.

Sueños de libertad

Juan H. y Bernardo A. estaban preparados para salir. Eran las cuatro de la tarde, más o menos, ya que se había servido el mate cocido en el pabellón. Y aquella era la hora en que entraba la olla sudorosa e hirviente, de inconfundible olor transformado en fino perfume por la permanente sensación de hambre de los presos.

Por la mañana los habían llamado a la reja y secamente les anunciaron: “Internos H. y A. alistén sus pertenencias. Por la tarde saldrán del pabellón”. Al menos ahora les avisaban. Los peores tiempos, con movimientos nocturnos, intempestivos y a los golpes, con destino incierto, habían ido menguando, aunque no desaparecido. Ese julio de 1980, además, aparecía como favorable: una buena tanda de presos sin condena había salido en libertad o, tras mucho penar, se les había concedido el derecho a salir del país.

Juan H. y Bernardo A. además de compañeros de pabellón, también lo habían sido de militancia política. Ambos eran del Ejército Revolucionario del Pueblo, los erpios en la jerga carcelaria. Eran de Córdoba. Además nunca habían sido sometidos a causa judicial alguna y estaban detenidos, desde principios de abril del '76, a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, por imperio del estado de sitio.

Juan H. y Bernardo A. fueron a sus celdas y acomodaron sus pertenencias dentro de una manta, previamente extendida sobre el camastro. Cuando terminaron de bajar de las taquillas sus pocos bienes personales: calzoncillos, camisetas, camisas, medias, un par de zapatillas, cartas y fotos, cerraron con un nudo tomando las cuatro puntas de la frazada.

Yerba, azúcar y masitas quedaban para los otros presos. Cigarrillos no. Estaban listos.

Sus compañeros no se demoraron en pasar a saludarlos, a pesar de las prohibiciones. Tanto Juan H. como Bernardo A. recibieron el calor y los interrogantes de los que quedarían atrás:

“¿Ya saben adónde van?, ¿Es un traslado o quedan en libertad?”.

“Ojo, ¿Tus familiares están avisados? No sea cosa que los jodan”.

“Te envidio, guacho de mierda. Pero si salís para tu casa que te vaya bien”.

“¿Te habrán dado la opción para salir del país? Vos pediste España, ¿Cierto?”.

Juan H. y Bernardo A. estaban intranquilos y confundidos. Desconocían su futuro inmediato y el destino de sus vidas.

Después que los compañeros los saludaran, ellos se pusieron a intercambiar interrogantes: “¿Por qué nos sacarán juntos?”. “¿Ambos saldremos en libertad?”. “¿Capaz nos trasladan, no?”.

En eso estaban, cuando el oficial de guardia se presentó frente a la reja del pabellón y los llamó con voz grave. Impostada.

“Internos H. y A. Presentarse de inmediato”.

Juan H. y Bernardo A. caminaron presurosos. Al acercarse a la reja pusieron sus manos atrás y se pararon frente al oficial. Uno junto al otro.

“¿Les avisaron que salen del pabellón, verdad?”

“Sí, señor”

“¿Saben adónde van?”

“No, señor”

“Les voy a decir”

Todos los internos enmudecieron y dieron vuelta la cara hacia la reja de entrada, intentando escuchar, de la boca del oficial, el destino de H. y A.

“Uno sale en libertad. El otro será trasladado. Por razones de seguridad no les puedo decir cuál de los dos será liberado. Tampoco el destino del otro. Lo siento. Sabrán comprender. Buenas tardes”

Juan H. y Bernardo A. quedaron mudos. El pabellón entero estaba en silencio, al punto tal que sólo se escuchaba a los quemadores consumiendo el gas.

“¿No me escucharon? Dije buenas tardes”

Con un nudo en la garganta ambos respondieron: “Buenas tardes, señor”.

Un sádico no lo hubiera hecho mejor. Preferían no saberlo a saberlo a medias. Cada uno deseaba ser el que saliera en libertad, pero inmediatamente se avergonzaba, porque eso significaba prolongar la cárcel del compañero. Cada uno especulaba con las razones suficientes para dejar la cárcel definitivamente y no en un mero traslado.

Se animaron a hablarlo entre ellos.

Dijo Juan H. “Seguro que te vas vos. Deben saber que en la orga yo tenía mayor responsabilidad”.

“¿Te parece?”, preguntó Bernardo A. con sensaciones que oscilaban entre el deseo de que la razonabilidad argumentada por Juan H. fuera compartida por quienes habían tomado al decisión y el reconocimiento a sus miserias humanas por ese pensamiento.

“Seguro. No te olvides que además a mí me sancionaron varias veces. Aquí, en Rawson, y en Villa Devoto”.

“Sí, pero andá a saber si eso es suficiente”. En su fuero íntimo deseaba que ese sólo hecho lo fuera.

“Por otro lado tu familia se movió mucho. Yo, Bernardo, estoy solo en este mundo”.

“Esperemos un rato, hasta la tarde y verás que tengo razón. Además, con vos en libertad es como si yo me fuera también un poco”

En los ojos de Juan H. aparecieron lágrimas. Sonrió y, a manera de disculpas, aunque de nada tenía que disculparse dijo: “Cosas de viejo, que me estoy poniendo, nomás”.

Bernardo A. se dio cuenta de que jamás había tenido y muy difícilmente tendría el espíritu solidario y ese desprendimiento único que, en más de una oportunidad, y ésta era una de ellas, mostraba Juan H.

Lo abrazó muy fuertemente. Los demás presos, que habían mantenido distancia de Juan H. y Bernardo A., entendiendo la necesidad de que ambos conversaran solos, se fueron acercando. Intentaron confortarlos.

“Bueno, al menos uno se va y el otro renovará aires”.
“El que sale en libertad ayuda al que se queda”.

En verdad Juan H. no estaba apenado. Consideraba, estaba seguro en verdad, que su compañero Bernardo A. Saldría en libertad y que eso no era a costa suya. La lógica era irrefutable.

“Circulen, internos. Circulen”

No más de media hora después llegó la llamada desde la reja: “Internos H. y A., presentarse para salida con sus pertenencias. Nada de despedidas”.

Juan H. y Bernardo A. fueron rápidamente a sus celdas y de ellas salieron con sus livianas cargas. Uno de ellos recordó a Serrat: “Ligero de equipaje”. Y sonrió.

Se pararon frente a la reja y comenzó entonces la liturgia. “Todos los internos para atrás. Salen dos”.

Bernardo A. no se sentía culpable, pero sí en deuda con los compañeros que en unos pocos segundos dejaría atrás. “Para no volver a verlos, al menos en la cárcel”. Entonces, mientras el guardia introducía la llave en la cerradura y la hacía girar se dio vuelta, dejó su atado de pertenencias en el suelo, levantó el brazo izquierdo rematado por el puño cerrado y exclamó tan fuerte como se lo permitían sus pulmones y la emoción. Gritó por todo lo que había callado, por todo lo que había padecido y por todo lo que dejaba: “Compañeros, hasta la victoria, siempre”.

“Venga para acá, imbécil”. Los guardias, con la puerta ya abierta, lo tomaron de un brazo, retorciéndoselo tras la espalda. Recibió unos golpes de puño en la cabeza. “Pedazo de pelotudo. ¿Quién carajo te creés que sos, el Che Guevara?” No le importó, era un precio mínimo frente a tanto padecimiento. Además, serían los últimos golpes.

Los llevaron juntos. Uno al lado del otro y en silencio. Al final del pasillo los detuvieron.”Son dos. Una libertad y un traslado”. Era el momento de la separación.

Juan H. sólo atinó a decir:
“Mucha suerte afuera”.

Entonces, contra lo que ninguno de ambos esperaba, se escuchó la voz del oficial de guardia, el mismo que les había comunicado por la mañana sus destinos.

“¿Mucha suerte afuera? ¿Qué dice?, si es usted el que se va en libertad”.
“¿Yo?”.

“Sí, sale de aquí mismo”. Y dirigiéndose a Bernardo A., que estaba pálido, agregó, gozando de cada palabra, sintiendo fruición por el sentimiento que iba a provocar: “Usted va de traslado. Pero al pabellón 6; y antes al calabozo por diez días. La próxima vez va a pensar antes de hacerse el vivo. Zurdito”.

Doce o trece

Eran trece. Ellos lo sabían; los habían hecho numerarse por lo menos tres veces. Ahora, junto a unas pocas pertenencias, aguardaban, sentados en un viejo avión reacondicionado, para comenzar el viaje desde el aeropuerto de Bahía Blanca al de Trelew. De allí al penal de Rawson.

Algunos habían sido condenados por la justicia federal, otros por consejos de guerra, otros estaban a disposición del poder ejecutivo desde tiempo atrás, sin saber por cuánto tiempo más y otros habían sido llevados desde un campo de detención clandestino. Estos últimos presentaban un estado lastimoso. Trece, eran trece. “El número de la mala suerte”, recordó Carlos H, mientras veía caer el sol en el atardecer bahiense.

No estaban vendados, pero sí esposados a la espalda. A todos, cumpliendo con normas internacionales, les habían abrochado los cinturones de seguridad. Paradoja. El avión se colocó en la cabecera de la pista y tomó fuerzas cuando el piloto lo aceleró. El personal del servicio penitenciario federal, que cuidaba de los presos, también se sentó y abrochó sus cinturones. El aparato hizo un corto carreteo, mucho más ajustado que el de los pesados aviones comerciales y levantó vuelo.

Juan C. recordó, mientras miraba por la ventana la ría del puerto de Ingeniero White, la última visita de sus familiares en el penal de Villa Floresta: “La pasé lindo. Tuve a mis hijos en brazos. ¡¡Cómo están creciendo!! Mi mujer está triste. No es para menos, pero loS podía ver una vez a la semana. Ahora cuándo mierda volveré a encontrarlos”.

Pedro H también se lamentaba del traslado: “De ser bibliotecario en la cárcel de presos comunes en Villa Floresta voy a parar a una cárcel de máxima seguridad. Pedrito, preparate para una temporada jodida”.

En verdad todos, excepto los que habían llegado al aeropuerto en un estado lastimoso producto de la tortura y el hambre recientes, se quejaban interiormente del cambio de destino. Sabían que el régimen se endurecería. Nada de visitas de contacto. Sin libros, revistas, diarios, radios. Nada. La cárcel de Rawson era famosa por su severa disciplina y aislamiento. Encima llegarían el 22 de agosto, a los cinco años del aniversario de la matanza en la base Almirante Zar. No podía ser peor fecha.

Cuando el avión alcanzó su altura de vuelo regular el personal penitenciario comenzó a caminar por el pasillo, revisando el ajuste de los cinturones y que las esposas en las espaldas continuaban apresando las muñecas. “Se les acabó la joda, guachos de mierda”, dijo un oficial, agregando “ahora, los que lleguen al penal, van a conocer de verdad lo que es una cárcel”.

“¿Los que lleguen, por qué los que lleguen?”, se interrogó Gabriel H.

“Mi familia sabía del traslado, hasta le dijeron el día y yo firmé mi salida”, se respondió Alberto R, intentando tranquilizarse.

Al fondo. Juan L se preguntaba si la expresión amenazante no iba dirigida a él; al fin y al cabo lo llevaron encapuchado desde el lugar de secuestro hasta la escalerilla del avión. Además él era de Trelew. “Capaz me quieren interrogar allá” y un ligero pero sostenido temblor se adueñó de su cuerpo y por más esfuerzos que realizó no se pudo separar de él.

Al rato el avión comenzó a perder altura, los penitenciarios se acomodaron en los asientos, ajustaron sus cinturones y en unos minutos el avión tocó pista. Los presos advirtieron un operativo de vehículos y personal armado al borde del aparato. La luz del día había desaparecido. Sólo iluminaban los reflectores y el haz de la torre, como un faro. Un camión celular, dos camionetas cerradas y doce uniformados.

Rápidamente los bajaron por la escalerilla mientras los agentes penitenciarios, encargados de la recepción, al pie, iban contando: uno, dos, tres, cuatro... Trece internos

“Traslado sin novedad, señor”, tronó el joven oficial penitenciario, responsable del movimiento aéreo de los presos. El orgullo hinchó su pecho por la tarea cumplida.

“Bien”, respondió lacónico el receptor. Era un oficial de edad mediana, entrecano y pronto a jubilarse, aprovechando las bondades de un régimen laboral que computaba doble de tiempo trabajado cuando los destinos eran de clima riguroso. Como los de la Patagonia.

“Por favor, debe firmar la hoja recepción de los internos que irán a la unidad penal. Tome usted la nómina. Incluye datos particulares y una breve descripción de la situación procesal de cada uno de ellos. Con el grado de peligrosidad que usted entienda los remitirán a los pabellones adecuados. En unos días llegarán los legajos”.

“Bien”, dijo el oficial mayor, algo incómodo por el tono marcial e imperativo de quien, siendo de menor grado, lo trataba como si fuera su superior. Pensó: “Este mocoso goza de la ventaja de estar colaborando con los que hacen lo que quieren. Yo no estoy con los subversivos. Pero tampoco hay que tratarlos peor que a animales”.

Al proceder con la lectura advirtió que faltaba uno. “Aquí en la lista está el nombre y detalle de doce presos, pero bajaron y me entregan trece para llevar al penal”.

“Sí, porque uno de ellos será retirado mañana temprano de la unidad penal por personal del ejército”.

“Usted me está diciendo que debo retener por una noche a un detenido, sin registrarlo”.

“Afirmativo”.

“Pero eso está contra todas las reglas”.

“Señor, son las órdenes recibidas. Firme por favor, debo retornar rápidamente a Bahía Blanca. Nos quedan varios traslados por realizar esta semana”.

El oficial mayor miró a los subalternos que lo habían acompañado, ubicados inmediatamente detrás de él. Uno a la izquierda y otro a la derecha. Sus ojos expresaban lo que no podía decir. Firmó.

“Muchas gracias, señor. Buenas noches”.

“Buenas noches”.

Los trece presos ya estaban en el camión celular. Cada uno, con su pequeño bulto de pertenencias, permanecía de pie en el espacio de un tubo con base cuadrada de treinta centímetros de lado y un metro ochenta de alto. Seguían esposados.

“Adelante”, ordenó el oficial mayor y la columna se puso en marcha. Él iba en el vehículo delantero, junto a sus dos oficiales auxiliares, luego el camión celular con tres agentes en la cabina y finalmente una camioneta con seis agentes más.

“Nosotros doce y ellos trece, no doce” pensó el oficial mayor. Se sonrió. Uno de sus subalternos manejaba y otro iba sentado tras el oficial. En ellos confiaba; los conocía desde más de quince años atrás. A veces, como ahora en Rawson, les tocó trabajar juntos. Ninguno comulgaba con el gobierno, pero tampoco habían tenido el coraje de expresarlo. Ni siquiera el mudo gesto de renunciar. De una u otra forma se habían escudado en “con esto mantenemos a nuestras familias”, a sabiendas de una excusa cobarde, casi falsa.

“Mierda”, dijo el oficial mayor, e interrogando a sus subordinados, lanzó: “¿Se dan cuenta lo que va a pasar? Mañana se van a llevar a uno de los pibes. Y nosotros seremos los cómplices”. Ambos auxiliares asintieron, tanto el que intentaba concentrarse en el hilo de pavimento que se internaba entre las sombras como el que se encontraba recordando a su padre, también, como él, un oficial penitenciario, ya retirado, que le advirtió tempranamente: “Hijo, piense antes de ingresar al servicio. Alguna vez le obligarán a hacer algo que lo transformará en poco hombre. A mí me pasó y le pasará a usted”.

Estaban llegando a Rawson.

El oficial mayor ordenó detener la marcha y bajar a la banquina. Se detuvo también el camión celular y la camioneta que cerraba la marcha.

“Vamos”, dijo el oficial mayor, bajando de su vehículo y dirigiéndose a la puerta trasera del camión celular.

“¿Algún problema, señor?”, preguntó el conductor, tras bajar la ventanilla.

“No, al contrario. Ábrame la puerta y haga bajar a los detenidos”.

Se cumplió con la orden. Uno a uno fueron bajando los trece presos, con los peores presentimientos.

“Señores. Ahora leeré sus nombres. A medida que lo haga, dirán presente y darán un paso al frente”.

“¿Jorge A?”. “Presente”.

“¿Esteban C?”. “Presente”.

“¿Carlos H?”. “Presente”.

“¿Alberto M?”. “Presente”.

Los temblores de los presos aumentaban. Uno a uno se completaron los doce nombres. Sólo Juan L no fue llamado. Él era el número trece, el que no estaba en la lista. El del destino incierto.

“¿Cómo se llama usted?”.

“Juan L”.

Lo tomó del brazo y lo alejó unos metros. “Mire L. Debe haber algún error, su nombre no está en la lista y por lo tanto no lo puedo ingresar al penal. Lo que voy a hacer es llevarlo a la guardia del juzgado provincial y avisarle al juez. Es un hombre de carrera, ¿me entiende? No le gustan las cosas raras. Ah, también le avisaré al obispo y le pediré que se acerque enseguida al juzgado”.

“Le agradezco, señor”.

“No tiene por qué”.

“Todos arriba”, ordenó el oficial mayor. “Vamos a ir al juzgado antes de entrar al penal. En la guardia dejaremos a un trasladado que no está identificado. Haré dos llamadas y seguiremos a la Unidad 9”.

La caravana reemprendió la marcha. Se detuvieron en el juzgado, el oficial mayor habló con la guardia y bajaron a un detenido del camión celular. Luego el oficial mayor discó un número telefónico y el obispo se despertó sobresaltado. Al finalizar la comunicación el obispo se vistió presuroso y salió a la calle en la fría noche del 22 de agosto. Luego el oficial mayor llamó al domicilio del juez. El juez le dijo luego a su mujer, sorprendida: “Debo ir al juzgado. Apareció un hombre esposado en la guardia. Un tal Juan L”.

Finalmente los tres vehículos llegaron al penal. Detuvieron la marcha frente a la barrera baja. El personal de control pidió, rutinariamente, la identificación. El oficial mayor lo hizo. La guardia saludó, más distendida, y preguntó al oficial mayor: “¿Alguna novedad?”.

“Doce internos ingresarán al penal. Tome usted la lista de registro. Están todos en el camión celular. Que los lleven a la enfermería y los revisen. Hagan constar el estado de salud. Ah, antes verifiquen la identidad de los trasladados. No quiero sorpresas desagradables”.

La confesión

Lunes a la tarde.

“Mire, ya varios de los internos lo han hecho. No lo vamos a obligar, pero no tenga dudas de que si escribe y firma un texto con el reconocimiento de los errores que cometió, aumentarán las posibilidades de que su condena sea revisada y reducida”.

“¿Qué quiere decir con eso de reconocimiento de los errores cometidos?”.

“Bueno, señale que los tiempos han cambiado, que usted ha cambiado, que los métodos empleados para alcanzar el poder no eran los adecuados, que reniega de la lucha armada y aspira a integrarse a la vida democrática. Todo eso. Le voy a dejar diez hojas en blanco y una birome. Sabe que por razones de seguridad eso no se hace, pero el caso lo merece. Después que termine me devuelve todas las hojas; las que escribió y las que no usó. Piénselo, por favor”.

“Sí, lo voy a pensar”.

“Bueno, pero tenga en cuenta que en 24 horas nos llevamos todas las notas del penal. Hoy es lunes, para mañana a la tarde debe entregarme la nota firmada. Igual estoy a su disposición por si tiene alguna duda. Nosotros creemos que usted es una persona recuperable para la sociedad. Eso significa que podríamos comprometernos a gestionar una reducción de su condena. Buenos días.”

“Buenos días”.

Juan Carlos H. lo sabía. El gobierno militar, hacia 1978 y poco antes del mundial de fútbol, había seleccionado algunos presos, de todas las cárceles, y pretendía que ellos hicieran un documento donde expresaran sus cambios ideológicos, junto con el reconocimiento de sus faltas.

No pensó que le tocaría a él. Pero lo habían llevado primero a las oficinas del jefe del penal, para adelantarle que tendría la visita de un funcionario del Ministerio del Interior. También le dijeron de las razones, estimulándolo a que aceptara y que además lo irían a ver a su celda, para que se sintiera más seguro.

Juan Carlos H. recordó y sonrió al repetir las palabras que le dijeron en ese momento: “Además así estará más a gusto. Aunque no es su casa, claro”.

“No es mi casa. Claro que no lo es.”

Él arrastraba una condena de 12 años de reclusión, fallada por el juez federal de Santa Fe. Juan Carlos H. había sido un dirigente ferroviario muy reconocido entre sus compañeros y, como consecuencia de las luchas emprendidas para evitar el cierre de ramales y talleres, la dictadura militar lo había secuestrado primero y puesto luego en manos de la justicia bajo los cargos de incitación a la violencia, destrucción de vías férreas, atentado a la autoridad y portación de armas de guerra. Ahora tenía 33 años.

Pero lo peor no había pasado para él. Lo peor estaba pasando. La tortura y la condena ya habían quedado atrás. Incluso la cárcel de Rawson, con su régimen severo, no resultaba insuperable. El punto era la separación de su familia. Sus hijos, Daniela y Juan Domingo,

especulaba, estarían en la escuela. De su mujer, Susana, que nunca había terminado de entender y aceptar sus luchas, no tenía noticias desde hacía más de tres meses. No sabía si le había escrito y las cartas no le fueron entregadas o si prefería poner distancia adicional entre ellos dos. Su madre lo había visitado el mes pasado y, aunque le contó mucho de sus hijos, se mostró esquiva cuando le preguntó por Susana.

Y ahora esto. Ya le habían advertido otros presos. “Van a venir a apretarte. Los milicos están cuidando la imagen internacional. Quieren mostrar que los presos están reflexionando, que aceptan los errores cometidos y que pretenden reinsertarse aceptando la democracia y la constitución”.

Contestaba Juan Carlos H.: “Pero de que democracia y constitución me hablan. La primera la están violentando y la segunda pasó a mejor vida. Si incluso al asumir el poder juraron por un estatuto del Proceso de Reorganización Nacional “.

Y Juan Carlos H era una buena presa para mostrar su voluntad de *recuperarse*. Desde los 18 que era obrero ferroviario, solidario y querido por sus compañeros. Incluso había ganado las elecciones de la seccional de la Unión Ferroviaria, su sindicato. Los compañeros de trabajo más audaces, o tal vez más nobles, visitaban a su madre para contarles como marchaba el trabajo, de las dificultades y mandarles su afecto.

Cuando el funcionario salió de la celda quedó sentado sobre el camastro, pensativo. Así lo encontraron sus dos mejores compañeros del pabellón: Héctor Z., un profesor de historia que lo había introducido en el estudio de las luchas obreras en Argentina y Aníbal P., un trabajador como él, aunque del azúcar tucumano. Eran muy distintos, serio y reservado el primero, alegre y expansivo el segundo.

Aníbal P. hizo un movimiento vertical ascendente con su cabeza, como interrogando a Juan Carlos H. Para que no quedaran dudas, le preguntó: “¿Era el fulano del gobierno?”. Y sin esperar respuesta agregó: “¿Qué te ofrecen a cambio?”.

Héctor Z., que a nadie tuteaba, no esperó las respuestas. “Bueno, no se haga muchos problemas. Usted decide”.

“Sí, yo decido. ¿Pero qué mierda voy a hacer?”.

“Podés escribir un texto sin jugarte mucho”, alentó Aníbal P.

“Piénselo bien, Juan Carlos. Usted es un hombre de principios. Además la dictadura se va a terminar alguna vez, ojalá pronto. Por otro lado lo que le prometen hay que ver si lo cumplen”, dijo Héctor Z.

Siguieron intercambiando opiniones. Así se enteró Juan Carlos H. que ya varios internos de su pabellón y de otros pabellones de la cárcel habían escrito la nota de arrepentimiento. También de otras cárceles. El gobierno, a algunos de ellos que estaban detenidos sin causa judicial alguna, les dio la opción para salir del país.

Cenaron. Al rato cada uno de los presos fue a su celda a descansar. Juan Carlos H. no pudo hacerlo. Toda la noche pensó, sentado en el camastro y la cabeza ceñida entre esas manos callosas, mientras los codos se hundían en la mesada de concreto. Se debatía entre aceptar

la invitación del gobierno que, como una sirena artera, lo animaba a presentarse como un hombre nuevo o rechazarla, alejando aun más las posibilidades de encuentro con sus seres queridos y sus compañeros de trabajo.

Martes a la mañana.

Luego del desayuno Juan Carlos H. volvió a su celda. Pidió autorización para no salir al patio de recreo. Prefirió estar solo y perder esa hora, la única hora del día en que podía caminar sin dar explicaciones a nadie.

Cuando sus compañeros de pabellón salieron a gozar de ese beneficio al aire libre, Juan Carlos H. vio entrar en su celda al jefe de seguridad. Era inusual. Todo era inusual desde el lunes para Juan Carlos H.

Frente a la tortura sabía que debía soportar el máximo tiempo posible. Y lo hizo. Frente a la condena se mostró fuerte para que sus familiares sufrieran menos. Frente al régimen carcelario no se le conocía ni una actitud de debilidad o genuflexión. Pero esto era distinto.

“Parece que se nos va, interno”.

“No creo, señor. Es todo tan confuso”.

“Mire que el gobierno tiene muchas expectativas puestas en usted. Cree que es recuperable”.

“¿Por el solo hecho de firmar una nota donde muestre arrepentimiento? Suena raro”.

“Lo que sé es que esas notas las irán publicando en los medios de prensa, sobre todo en aquellos lugares de donde provienen los presos. Y eso ya es un compromiso”.

“Ah, claro”.

“¿Tiene papel y birome, interno?”.

“Sí, señor. Ayer me dejaron una buena cantidad. Mire, son diez hojas. Parece que deberé arrepentirme de mucho”, se animó a decir Juan Carlos H.

“Buen chiste. No será para tanto. Lo dejo y le recomiendo aprovechar la oportunidad. Hasta luego, interno”.

“Hasta luego, señor”.

Luego volvieron los presos del exterior. Héctor Z. y Aníbal P. se pararon frente a la celda de Juan Carlos H., quien estaba sentado en la misma posición en que lo habían dejado sólo que ahora tenía unas hojas blancas sobre su mesa y sobre ellas una birome azul, con el capuchón a un costado.

Prefirieron no hacer preguntas. Se hizo el mediodía y con él los presos pasaron a retirar con sus bandejas la comida. Juan Carlos H. no podía tragar bocado. Apenas pasaba el agua por su garganta.

El martes era día de cartas. Juan Carlos H. necesitaba carta de su mujer, aunque no la esperaba. Se equivocó. Desde la reja llamaron: “Interno Juan Carlos H. tiene carta”.

Se acercó, con una mezcla de temor y deseo. Tomó la carta, ya abierta, entre sus manos. Extrajo la hoja y advirtió que su mano temblaba. Comenzó a leer.

Susana le contaba de la marcha de los chicos en la escuela, donde parecían andar bien. Luego le comentaba de sus hermanos y demás familiares, con ese esfuerzo y estilo que practicaban presos y familiares para comunicarse a pesar de la censura.

Luego venía un párrafo sugestivo. Allí Susana le comunicaba que del Ministerio del Interior habían ido a verla y que según lo que él hiciera tal vez le darían la libertad anticipadamente. Por eso le pedía que hiciera un esfuerzo y pensara en su familia. Su garganta parecía cerrarse.

No era todo. En otro párrafo, y eso lo encontró como una velada amenaza, ella señalaba que sería una prueba importante del valor que les daba a sus hijos y esposa. Que sus actos futuros mucho tendrían que ver con lo que él decidiera.

Caminó con la vista nublada hasta su celda y se sentó, mejor se dejó caer, sobre el camastro. La palidez de su rostro era notoria.

Pasaron unos pocos minutos y cerraron las puertas de las celdas para que los presos tuvieran su descanso de la tarde. Una vez finalizado Héctor Z. y Aníbal P. se acercaron para hablar con Juan Carlos H. Pero él los detuvo, con gesto firme y cortés: “Prefiero estar solo, discúlpenme”. Las hojas seguían sobre la mesa. No alcanzaron a ver si Juan Carlos H. había escrito algo.

A las cinco de la tarde ordenaron a los presos dirigirse a sus celdas y se abrieron las puertas del pabellón. Una persona de traje se dirigió a la celda de Juan Carlos H. Era el mismo que le había formulado la propuesta. Al llegar, saludó:

“Buenas tardes, H.”.

El preso se levantó, sorprendido. “Buenas tardes, señor”.

“¿Tomó la decisión?”.

“Sí, señor”

“¿Me la puede dar?”.

“Por supuesto”. Entonces Juan Carlos H. sacó fuerzas de un lugar que nunca pudo explicarse luego, apiló las hojas y las golpeó sobre la mesada para que se alinearan.

Y mojándose los dedos índice y pulgar de su mano derecha le fue entregando de a una, mientras contaba, levantando el borde superior derecho de las hojas, como si fuera un aprendiz de amanuense: “Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez”. Todas las hojas en blanco.

Al terminar agregó: “Sabe, soy un obrero ferroviario. Apenas terminé la escuela primaria y me cuesta mucho escribir”.

Reglas de Urbanidad

Todos enmudecieron. Enmudecieron y giraron la cabeza en dirección a la puerta de entrada y salida del pabellón seis, donde el guardiacárcel, fuera de sí, al borde un ataque de nervios y resguardado tras los barrotes, gritaba: ¡¡¡ Qué más interno, qué más!! a la espera de una respuesta apropiada de su interlocutor para actuar en consecuencia

El preso era Esteban T, famoso por sus desplantes involuntarios, producto de una rara combinación de desmemoria y desconocimiento o rechazo de las reglas de convivencia o comportamiento esperado que rigen en la sociedad. Mejor dicho en las sociedades. Así, circulaba entre los presos, bajo la forma de leyenda, que Esteban T había dejado estacionado el auto con sus hijos pequeños adentro y se había ido a hacer las compras en un supermercado, dejándolos abandonados por horas. O que rara vez se ataba los cordones de los zapatos, o que era usual encontrarlo caminando con zapatos de distintos pares. Las citas amorosas incumplidas se contaban por decenas.

El punto es que el protocolo de comunicación con el personal penitenciario, imponía que toda solicitud formulada verbalmente debía rematarse con un “señor celador”, fórmula que otorgaba a los carceleros un status tan alto como provocaba una severa baja de la autoestima de quienes debían, inevitablemente, apelar a semejante tratamiento para obtener no lo deseado sino apenas una respuesta.

Pero así era el penal de Rawson. Estábamos en pleno invierno de 1978 y la máxima seguridad de la calificación de la “residencia” se hacía sentir. Los familiares no podían tomar contacto físico con los detenidos: los hijos de los presos crecían mientras sus padres envejecían del otro lado del vidrio, las conversaciones se realizaban a través de un caño del que apenas emergían dos bocinas, una de cada lado, manteniendo oculto el resto, haciéndoles dudar de si las conversaciones se grababan o no.

La actividad física, como deportes o un trote, estaba prohibida, permitiéndose, apenas, caminatas en el patio de recreo, de una hora por día. Durante ese lapso, y aprovechando la ausencia de los presos, el personal realizaba requisas en las celdas, llevándose todo aquello que considerara peligroso, con una clasificación tan arbitraria que aquello que ayer no lo había sido hoy lo podía ser: fósforos, envases de dulce, papel, cartas de familiares.

Al mismo tiempo el juez federal con asiento en Rawson declaraba a la cárcel “un frente más de lucha contra la subversión”, por lo que rara vez aceptaron denuncias de maltrato. Cuando se hicieron no prosperaron. Tal conducta se complementaba a la perfección con la del capellán de la unidad penitenciaria, U9 en la jerga de los presos, quien con cada visita recomendaba, con una palmada en la mejilla que sonaba más a cachetada, “hijos míos: colaboren, si tienen algo más para decir háganlo y serán perdonados”.

En ese marco el comportamiento de Esteban T no sólo se apartaba de lo recomendable, sino que ponía en peligro su endeble condición física. Esteban T, a quien llamaban cariñosamente “el profesor loco”, con una dosis ajustada de mordacidad que hacía más llevadera la supervivencia física y psicológica, no tenía el aspecto de héroe espartano: bajo, delgado, con gruesos anteojos que caían sobre el gancho de la nariz y ratificaban su

herencia itálica, pasaba los días entre sus pensamientos. Los presos no recordaban enfrentamientos previos con los carceleros.

Y mientras el guardiacárcel volvía a gritarle, “¡¡¡ Qué más interno, qué más!!”, parapetado tras los gruesos barrotes para prevenirse de cualquier ataque físico, cada vez más desencajado. Esteban T lo miraba como interrogándolo e interrogándose acerca de qué esperaba que dijera. Los compañeros del pabellón, al mismo tiempo, lo empujaban con su pensamiento, para que completara su contacto verbal con las dos palabras finales mágicas: “señor celador”, que lo conduciría al campo de la seguridad y la respuesta, aunque no necesariamente al de la satisfacción.

El silencio era ominoso. Se escuchaba el silbido de los calefactores instalados en el medio del pabellón al quemar gas. O el de los portones de acero y chapa de otros pabellones abrirse y cerrarse a lo lejos.

Los presos se miraban y de las miradas surgían afirmaciones e interrogantes, del tipo “Esteban se la aguanta”, “Por fin uno que se planta frente a los guachos esos”, “¿Qué pretende, que lo fajen?”, “Si no responde lo van a llevar al calabozo y le darán una paliza”. Inmediatamente, con los pensamientos, llegaron las conclusiones: “Nos van a sancionar a todos”, “Vamos a perder el próximo turno de visitas”, “Nos quedamos sin comer”, “Sin recreo por una semana”.

Entonces pusieron los pensamientos en la dirección de alentar a Esteban T, de darle empuje para que de una vez le respondiera como se esperaba; le diera el título de señor, primero, y acompañado luego por el reconocimiento de su trabajo: celador.

Mientras tanto, sólo Esteban T sabía de su sufrimiento para desanudar el acertijo que el guardiacárcel le proponía, de manera poco amistosa. “¿Qué es lo que falta, qué me está pidiendo?” se preguntaba Esteban T, que llevaba varios años en el penal de Rawson pagando tributo a su desapego involuntario por las normas. Como quien frente a cuatro copas de fino cristal no sabe en cuál servirse el vino tinto, Esteban T dudaba respecto de lo que esperaban de él, tanto el carcelero que no hacía sino gritarle como sus compañeros, quienes lo miraban de una manera rara, con ligeros movimientos verticales de cabeza y de las bocas que se abrían y cerraban como si intentaran decirle algo.

Otra vez sonó tronante la voz del carcelero: “Y, Esteban T, qué más tiene que decirme”. Ahora junto a otros colegas, que solidarizándose con el supuestamente ofendido, también le reclamaron al interno en tono perentorio: “Usted no se haga el vivo”, “Responda como debe hacerlo”, “Esta no te la vamos a dejar pasar”.

Con el pensamiento los presos le pedían a Esteban T que cesara en su actitud de resistencia, convencidos de que se trataba de eso, que recapacitara y dejara de ponerlos a todos en peligro. Pero él, lejos de haber tomado una decisión meditada, afrontando los riesgos que ello implicaba, se interrogaba acerca de qué hacer. Fueron pocos minutos pero interminables. Hubo un momento en que se iluminó su rostro, y sonriente, con esa expresión de ahora sé lo que debo decir, con la mano derecha levantó ligeramente la manga

del brazo izquierdo de su vieja chaqueta de sarga gris, miró su reloj y dijo, de manera clara, simple y terminante: “Buenas tardes”.

Nunca se habían reído tanto, ni lo volvieron a hacer a lo largo de su vida carcelaria. Una carcajada generalizada, sin sordina ni temores, con lágrimas en los ojos y doblados sus cuerpos sobre los estómagos, mientras Esteban T, con las manos en la cintura los interrogaba desde sus ojos, tras las gafas que caían y se enganchaban en su nariz corva: “¿Y ustedes de qué se ríen?”.

Terapias alternativas

El peluquero del penal de Rawson, Carlos S., no era un hombre común. Claro que no. El odio a los presos lo manifestaba a la hora de cortarles el pelo, pero al sentimiento le unía una rara curiosidad por conocer la vida y trabajos de los detenidos. Sobre todo qué habían hecho para llegar a la situación en que se encontraban.

No se lo veía en los pabellones. Estaba en la peluquería, casi siempre, y a veces en alguna oficina administrativa. Allí los presos lo habían encontrado ordenando ficheros y llenando registros. Como en una escuela. Por eso entre los detenidos circulaba, referido a Carlos S., el apelativo de “el maestro”.

Cuando Carlos S. se enteró los presos supieron de su furia por la fiereza mostrada en los cortes de pelo. “Así que soy el maestro para ustedes. Ya van a ver que soy todo un maestro en el manejo de mi herramienta”.

Y se aplicaba con afán a su tarea. Hacía sentar a los presos en una silla común y les envolvía el cuello con un tallón viejo. Mientras miraba al espejo, donde se reflejaban él y su visita, decía con sorna, impersonalmente: “Es para que el pelo no se quede en su chaqueta. A ver si los vienen a visitar y me critican”. Como en un ritual, preguntaba “¿Cómo le corto?” y todos los presos respondían como le gustaría a cada uno, sabiendo de antemano que el corte sería único, uniforme y al ras.

Contaba con dos herramientas de corte. Una tijera para aquellos que llegaban con el pelo largo. Esto rara vez ocurría. Y usaba un aparato manual, que cortaba mediante dos cuchillas que se accionaban desde los cabos del mango, apretados por su mano derecha. Parecía una cortadora de césped: una cabecera, núcleo de la tarea, y las dos manijas que la sostenían y orientaban. Los cortes, incluso, resultaban semejantes: parejos y extremos.

Era un hombre rápido. En todo sentido. Como buen peluquero interrogaba a sus “clientes”, advirtiéndoles que podían obviar el tratamiento de “señor celador”. “Celador es suficiente”.

“¿Tiene estudios, interno?”.

“Estudiaba psicología, pero no terminé, celador”.

“¿Por qué lo detuvieron?”.

“Por peronista, señor”.

“No le pregunté su ideología. ¿Qué hizo para que lo metan preso?”.

“Ah, yo militaba en un barrio. Enseñaba a leer y escribir a adultos”.

Él se entusiasmaba con esos diálogos.

“¿Leyó Pedagogía del Oprimido, de Paulo Freire?”.

“Sí, claro”.

“¿Y La Educación como Práctica de la Libertad?”.

“También. ¿Usted los conoce?”.

“Acá yo soy peluquero. Pero no burro como ustedes creen”.

Los diálogos, en general cortos, solían interrumpirse abruptamente. En ese punto Carlos S. se ensañaba con las cabezas de los presos. Con su mano izquierda manipulaba los cráneos a discreción: eran calabazas de mate cuando las giraba desde la barbilla, lamparitas de luz al tomarlas desde los temporales y títeres al ser empujadas desde el occipital.

La máquina hacía surcos irregulares y profundos, que se emprolijaban con otros adicionales que sólo conseguían que el preso viera acortado el largo de sus pelos. Casi quedaban como en la colimba. En el severo empeño de Carlos S. tampoco faltaba alguna magulladura. A veces se veían hematomas o incluso puntos de sangre. Los presos no se quejaban. Sabían que al hacerlo conseguirían un agravamiento de la conducta del peluquero.

Finalmente el toque de sadismo. Carlos S. se ponía detrás del preso, levantaba un espejo pequeño, al que hacía girar de forma tal que el detenido pudiera ver el corte en la parte trasera de su cabeza y le preguntaba:

“¿Qué le parece, interno?”.

“Bien, gracias, celador”, mascullaban los detenidos, sabiendo que toda objeción podría tener por resultado un golpe o, peor aún, un corte adicional con el pretexto usado de: “No se preocupe, vamos a mejorarlo”.

En una oportunidad, hacia agosto de 1977, llegó a Rawson un nuevo contingente de presos. Una vez producida la identificación, la revisión médica de rigor y el interrogatorio por el personal de inteligencia del penal, los detenidos iban a los pabellones. A lo largo de los días siguientes pasaban por la peluquería.

Osvaldo B. era un maestro de la provincia de Buenos Aires, un hombre franco y sin especulaciones que no tuvo tiempo de recibir instrucciones acerca de cómo comportarse con “el maestro”. Unos días en cuarentena dentro del pabellón y su primer salida fue hacia ese lugar donde los igualaban. Al menos desde el punto de vista del largo de sus cabelleras.

“Buenos días, interno”.

“Buenos días, señor celador”.

“No me diga señor. Celador, nomás”.

La ceremonia dio comienzo. El toallón, los instrumentos a mano y la pregunta:

“¿Cómo le corto?”.

“Si no tiene problema, celador, no me saque mucho de arriba. Es que me estoy quedando pelado”.

“Trataré. ¿De donde viene y qué hacía?”.

“De Bahía Blanca, era maestro en una escuela primaria”.

“Ah, maestro. ¡Qué bien! Es el primero que conozco y mire que llevo tiempo acá”.

Carlos S. comenzó, en silencio, con el corte de pelo. Osvaldo B. tampoco hablaba. Tras unos minutos que le parecieron interminables, mientras veía caer sus pelos a través del espejo, lo escuchó al peluquero:

“¿Maestro de qué grado?”.

“De tercero, celador”.

“¿Ahí ya comparan tamaños de conjuntos y hacen operaciones de multiplicación y división, verdad? ¿Además leen diarios y analizan textos?”.

Oswaldo B. estaba azorado. El peluquero le había dado cuenta de los contenidos más importantes del programa académico.

“Así es. ¿Le puedo hacer una pregunta?”.

“Sí, por supuesto”.

“¿Usted tiene hijos en tercer grado?”.

“No, ¿por?”.

“Porque conoce bastante de lo que debe darse”.

“Ah, no. Soy casado. Sin hijos”.

Otra vez el silencio. Ominoso. El pelo seguía cayendo desde la cabeza de Oswaldo B. El otro “maestro” empujaba con fiereza su maquinita de cortar.

“Seguro que andaba con la guerrilla, en vez de dedicarse a enseñar”.

“No, lo que pasó es que hubo un acto en la escuela, con las autoridades de la provincia, y en el medio reventó una lata y saltaron volantes contra el gobierno. Nos llevaron a todos los maestros varones. Éramos cinco”.

“Sí, claro. ¿Pero vos no estás con el gobierno?”.

“Yo no lo elegí. Y en mi pueblo están haciendo muchas tropelías. Se han llevado gente que no volvió a aparecer”.

“Callate. ¿Qué vas a saber vos? Mejor hubieras dicho quién llevó la lata y seguro te salvabas de esa”.

Estaban entrando en aguas turbulentas. El poco pelo de Oswaldo B. inexorablemente caía sobre el toallón o el piso. Él advirtió que su pedido de corte especial no se satisfacía.

“Mire, celador, no lo tome a mal, pero no nací para alcahuete, ni para obedecer órdenes injustas o sin sentido. Por eso me hice maestro. Capaz eso usted no lo entienda, y menos en este lugar”.

“Interno: usted será el primero que lo sepa. Yo también soy maestro”.

Un nudo atenazó la garganta de Oswaldo B. Por lo que acababa de escuchar y porque el espejo le devolvía el rostro del peluquero arrasado por las lágrimas. “Ganaba muy poco. Mis padres siempre quisieron que yo enseñara. Ellos, pobres, ni siquiera pudieron terminar la escuela primaria. Estaban tan contentos de que yo fuera al instituto de formación docente”.

La máquina seguía, infructuosamente, en la búsqueda de algunos pelos de la cabeza de Oswaldo B. Él no hablaba. Enmudecido solo podía escuchar a Carlos S., quien llorando, dijo:

“Y empecé a trabajar. Estaba contento; ganaba poco, ya le dije, pero era feliz. Hasta que me puse de novio. Como al año ella quiso que nos casáramos. Con ese sueldo no alcanzaba ni para quince días. Así que dejé la escuela y me metí en el servicio penitenciario. Mis padres no querían; pero mi novia me puso entre la espada y la pared. Yo quería casarme y aflojé”.

Suspiró y siguió hablando a borbotones. “Por eso estoy acá. Cortándole el pelo a tantos guachos como vos que en vez de enseñarle a los pibes andan metiendo quilombo por todos lados”.

“Discúlpeme, celador. Pero siempre puse primero las necesidades de mis alumnos. Sólo que no renuncié a mis principios”.

Oswaldo B. no supo desde dónde vino el sopapo, que con la mano abierta impactó sobre su oreja, provocando dolor y aturdimiento.

“Se terminó el corte de pelo, interno. Puede retirarse”.

Oswaldo B. volvió al pabellón. Sus noveles compañeros advirtieron que estaba casi rapado y una mancha rojiza, con forma de mano, se formaba alrededor de su oreja.

“¿Te agarró el maestro, parece?”.

“¿Ah, ustedes saben que es maestro?”, preguntó intrigado Oswaldo B.

“Sí, maestro de peluquería”.

“No, esperen”. Y sonriendo agregó: “Tengo una historia para contarles”.

El reencuentro

Alberto P. había esperado mucho. Y aún cuando desde hacía tiempo que deseaba volver a verla, el recuerdo de los dolores que ella le había provocado lo habían paralizado cada vez que lo intentó. Pero esta vez estaba ya muy cerca.

Había vivido con ella varios años, y a pesar de que otros hombres también lo habían hecho, y él los conoció, no sintió celos. Ni envidia. Incluso hasta le parecía que al haberla compartido los sufrimientos se habían reducido. Al fin y al cabo los anteriores y posteriores debieron padecerla como él.

Pero nunca pudo, hasta ese día, dejar de sentir un raro atractivo por ella. Tal vez, justamente por la intensidad del sufrimiento. Para ser sincero, Alberto P. algo había aprendido junto a ella. Sin dudas se había hecho más hombre, en el sentido que se le da a quienes saben esconder sus sentimientos, a esperar sin abandonarse que pasen los momentos duros y a encontrar una luz donde el común sólo advierte sombras.

Finalmente, y tras titubeos hasta último momento, decidió ir a verla. No estaba lejos, apenas a unos setecientos kilómetros. Se subió al auto a la mañana temprano, fue a la estación de servicio y pidió: “Por favor llene el tanque. Nafta súper. Le agradezco si puede revisar el agua, el aceite y la presión de las cubiertas”. “Cómo no, señor. Si va a viajar, lo mejor es ir seguro”.

Como eran poco más de las siete el requerimiento fue rápidamente atendido. Pagó, dejó dos pesos de propina, puso el auto en marcha, se abrochó el cinturón de seguridad, dio un hondo suspiro y, aferrándose al volante en la posición de las diez y diez, dijo para sí, dándose ánimo y fortaleciendo su convencimiento: “Allá vamos. A las dos, dos y media de la tarde estaré llegando”.

Y agregó: “¡Qué sorpresa le voy a dar!”.

En ese fin de febrero hacía mucho calor. Alberto B. recordó el programa que sobre cambio climático había visto la noche anterior en la televisión. Puso la radio para escuchar las noticias de la mañana.

La temperatura ya era de 22 grados. El oficialismo y la oposición se enzarzaban en una discusión respecto de la inflación. Hillary Clinton y Obama seguían disputando una elección interna de difícil pronóstico. Nada nuevo.

Lo que le llamó la atención fue la continuidad de detenciones que se estaban llevando a cabo a los instigadores y ejecutores de la matanza de Trelew, 35 años atrás. Pensó: “Esos asesinos deben tener más de 70 años. Van a pedir arresto domiciliario. ¡¡Cómo aprovechan las ventajas del estado de derecho y la democracia estos chacales!!

Con fastidio cambió la emisora. A esa hora abundan los programas folklóricos. En uno de ellos escuchó a Horacio Guarany entonar: “Estamos prisioneros, carcelero, yo de estos torpes barotes, tú del miedo”.

A las tres horas de viaje paró en una estación sobre el cruce de rutas. Era San Antonio Oeste. Necesitaba estirar las piernas, tomar un café y cargar combustible.

“¿Lo lleno, señor?”.

“Sí, con súper. Gracias”.

“¿Viaja lejos?”

“Voy al sur. ¿Cómo está desde acá la ruta 2?”.

“Muy buena. El pingüino hizo arreglar todas las rutas nacionales de la Patagonia. ¿Usted va hasta Santa Cruz?”.

“No, no tan al sur”.

Alberto B. no tenía ganas de hablar. Sólo quería llegar a destino. Pagó, tomó su café en el bar de la estación de servicio mientras miraba pasar frente a los grandes ventanales los colectivos que iban y venían. El viento, como siempre, presente y silbador.

Subió a su auto y se dio ánimo: “Vamos, Albertito, ya queda poco. Si decidiste viajar, no te puede faltar la voluntad de llegar”. Arrancó. La ruta mostraba, a derecha e izquierda, el mismo panorama: arbustos bajos y achaparrados, mecidos por el viento eterno. Mecidos no, golpeados y sorprendidos. Dejó atrás alguna laguna ya seca y salada, fruto de lluvia circunstancial y evaporación permanente.

Pasó frente a Sierra Grande. Recordó: “Ahora los chinos tienen la concesión para explotar la mina”. Redujo la velocidad, bajó una marcha, puso el guiño y dobló a la derecha, entrando al pueblo. Llegó a su memoria: “Este es el primer lugar de Argentina donde la población subió a la ruta”. Algunos edificios de viviendas estaban abandonados. No se veía gente ni autos. Faltaban las ventanas y las puertas. Estaban arrancados los marcos. Alguna vez le dijeron que se habían llevado hasta la grifería y los caños. No lo había podido creer.

Suspiró. “Ojalá se pueda recuperar”, deseó al subir nuevamente a la ruta.

Llegó al cruce con la provincia de Chubut. El reloj del auto señalaba la una de la tarde. Entre desconfiado y nervioso miró su reloj pulsera. La una de la tarde, también. “Voy bien. Ella debe estar durmiendo la siesta. Solía ser severa con los horarios”, pensó. El personal de la caminera provincial le hizo señas de detención. Se detuvo y bajó la ventanilla del auto.

“Buenos días. Bienvenido a Chubut. Por favor, me facilita la cédula verde, el seguro del auto y el carné de conducir”.

Alberto B saludó y entregó la documentación solicitada.

“¿Sigue al sur, señor? ¿Por motivos de trabajo o turismo?”.

“Sigo al sur. Motivos personales. Una visita nomás”.

El policía revisó la documentación, miró la patente del vehículo y se acercó a Alberto B.

“Muy bien. Sus papeles están en orden. Que tenga buen viaje, señor”.

“Muchas gracias.”

Anduvo una hora más, que a él le pareció sin fin. Trató de darse una explicación aceptable: “Es la monotonía del paisaje”, pensó, aunque sabía que la inminencia del encuentro agitaba su corazón. Quería acercarse al mismo tiempo que esperaba una excusa para alejarse.

No avisó que quería verla. Tal vez se le hubiera negado. Además quería sorprenderse, sin concesiones tras un desencuentro de más de 25 años. Y sorprenderla a ella, claro. Que no tuviera tiempo para arreglos.

Pensó Alberto B: “Mejor sin preparativos, como la primera vez”

Llegó al pueblo. Ahora era una ciudad. Nada le era familiar y tuvo que usar un mapa para ubicarse. No quiso preguntar; estaba decidido a llegar, buscando, volviendo atrás, desorientándose, perdiéndose y encontrando el rumbo, pero solo. Hasta que al pasar la esquina de un boulevard la vio. Sorprendido, identificó su espalda, que siempre le llamó la atención, y como la primera vez, quedó mudo.

Alta, como siempre. Aunque no tanto como hace 25 años porque él, en ese tiempo, había crecido y entonces, por una cuestión de relativismo en las proporciones, ella parecía haber empequeñecido. Además su espalda, antes rígida, mostraba cierta decadencia física por el paso de los años. Autos y transeúntes iban y venían ajenos al encuentro.

Alberto B. dijo, en voz baja, como para que nadie más que ella pudiera escuchar: “Al fin te encuentro”. Ella, impávida, no dio señal de emoción alguna. Ni siquiera de su presencia. Tampoco se movió.

La rodeó, para verle la cara y los brazos. Esos brazos que a tantos hombres habían abarcado y esa cara que, sonriente, había visto llegar a unos y visto partir, triste, a otros. Su cara, como la espalda, y a pesar de los esfuerzos por evitarlo, mostraba el paso del tiempo. El maquillaje poco pudo hacer frente al cuarto de siglo transcurrido. Sus brazos ya no parecían tan rígidos. Tan férreos. Tan atemorizantes.

Alberto B. se paró frente a ella. Puso los brazos en jarra, alzó la vista y le dijo aquello que tanto tiempo había esperado: “Nunca te quise, aunque debo reconocer que he aprendido mucho de la vida mientras estuve con vos”.

Sin esperar respuesta, agregó: “No te tengo rencor”.

Y siguió: “No te deseaba, pero desde hace mucho años que quería verte. Tener esta oportunidad. No de revancha, sino de saldar una deuda conmigo mismo”. Luego calló, sin aguardar respuesta, y permaneció mirándola un tiempo que no supo determinar. En verdad dudó Alberto B. si el tiempo se había detenido o retrocedido 25 años.

Estuvo absorto hasta que alguien, uniformado, se acercó y le señaló: “Señor, esta es una zona de seguridad. No puede permanecer sin transitar. ¿Está esperando a alguien del personal o a la visita de algún condenado?”.

“No, no espero. Sólo quería volver a ver la cárcel donde estuve cinco años preso”.